

Colección Ariel

AÑO XI — VOL. II

SUMARIO

- LUIS ARAQUISTAIN..... A propósito de una donación
RAMIRO DE MAEZTU..... El honor en la Edad Media
ANTONIO JOSE IREGUI.... El árbol y el hombre
E. DIEZ CANEDO..... La poesía castellana y Rubén Darío
ANTONIO MACHADO..... Apuntes, Parábolas, Proverbios y Cantares.
ELISEO RECLUS..... Enseñanza de la geografía
CARLOS GONZALEZ PEÑA Flor de madroño
ENRIQUE JOSE VARONA.. Como Byron
ALFREDO TENNYSON.... Noche de verano
JUAN MILTON..... Soneto a su mujer, difunta

Cuaderno 86

San José, Costa Rica, Septiembre 15 de 1916

Imprenta Greñas

COLECCION ARIEL

31.
Cuerpo 86.

S.T.

1916.

Pero bien salta a la vista que el espíritu de su filantropía () era, sin embargo, profundamente reconstructor. Al dar ese millón a la Casa del Pueblo, le animó seguramente el deseo de que la clase obrera se sirviese de él, mediante la enseñanza, para sus reivindicaciones. Con sagaz intuición observó quizá que el problema de la clase obrera en general, pero muy singularmente de la española, es la elevación de su nivel mental. Y más concretamente aún, la gran cuestión de la clase obrera española es formar un núcleo numeroso de directores competentes. La característica del partido obrero español ha sido hasta ahora, en sus funciones públicas, la honradez; ya es tiempo de que también lo sea la competencia. Un partido como éste tiene la obligación de que sus periódicos posean más sustancia ideológica y mayor poder crítico que los demás periód-*

* La del millonario español Dn. Cesareo del Cerro, que legó al morir 1000000 de pesetas a la Casa del Pueblo.

dicos; que sus concejales sepan de hacienda municipal más que los demás concejales; que sus representantes de todo orden conozcan las cuestiones públicas—económicas, pedagógicas, militares, etc.—mejor que los demás representantes; que sus organizadores conozcan la técnica de organizar mejor, que los hombres de los otros partidos. Pero ¿cómo conseguir esto? Los obreros tienen escaso tiempo para el estudio, y los hombres que van a ese partido ya preparados son pocos, poquísimos.

Si el Sr. Cerro hubiera conocido la escuela de estudios superiores que el partido socialista alemán sostiene en Berlín, le hubiera interesado tan magnífica institución, y acaso, dado su espíritu, hubiera aconsejado la creación de otra semejante en España. En esa escuela se enseñan nada más que cinco o seis materias fundamentales e indispensables para hombres ya adultos—todos ellos obreros—que luego serán concejales, diputados, organizadores, propagandistas, directores de cooperativas y de periódicos. Cursos breves—seis meses continuos—, pero inten-

sos. El partido sostiene a los alumnos y además, durante el curso, a las familias cuyo sostén eran. Esta escuela prepara hombres para la gobernación y dirección de la comunidad. Pero sus enseñanzas se vierten más tarde sobre la clase obrera total. Un periódico escrito por hombres bien preparados, un discurso pronunciado en el Parlamento sobre impuestos, por ejemplo, por un técnico en su materia, darán a la clase obrera un contenido pedagógico que no podrán hallar en ninguna otra parte. Una escuela así, además de ser un anticipo de la universidad ideal, de la universidad para todos, puede encerrar potencialmente más energía renovadora que muchos años de lucha habitual.

LUIS ARAQUISTAIN

El honor en la Edad Media

DON Américo Castro ha publicado recientemente en la "Revista de Filología española" un estudio sobre el "Concepto del Honor" en nuestra literatura de los siglos XVI y XVII. Sabido es que el honor desempeñaba una función principalísima en nuestro teatro clásico. Perder la honra equivalía a perder la vida. Así era la sociedad española de aquellos siglos. Y así hablaban y obraban los personajes de Lope de Vega y Calderón.

Ya no pensamos así los españoles. Los mejores creen que la virtud, el obrar bien, vale más que el honor, definido como la opinión favorable que los demás tengan de nosotros. Y los peores españoles piensan que la vida y la riqueza son bienes muy superiores al de la honra y al de la virtud.

¿Por qué no pensaban así los españoles de los siglos XVI y XVII? ¿Por qué creían que la vida sin el honor carece de sentido y lo primero que se les ocurría, al sentirse infamados, era la idea de matar a alguien o

de morir de melancolía? He aquí el tema que Don Américo Castro se plantea en este estudio que juzga "inactual".

¿Inactual? Yo no sé de estudio alguno que penetre más hondo en el problema de la guerra europea. Claro está que el Sr. Castro no ha pensado para nada en la guerra al consultar los centenares de libros en que ha documentado su trabajo. Pero ya verán ustedes.

Las raíces del concepto del honor en los siglos XVI y XVII hay que buscarlas en la Edad Media. Al investigar la Edad Media el Sr. Castro encuentra en las Partidas que Alfonso el Sabio llama hombres honrados a los de buena posición. El primer motivo de honra era en nuestro siglo XIII la posición, "y así, el máximo de honra se debe al rey", el segundo la realización de notorias proezas y en último término la virtud del hombre. Por otra parte se llamaba "honor" al donativo (casa, tierra, rentas o usufructos de algún realengo) hecho por el rey a un vasallo.

Solo que aún no hemos llegado al punto esencial. Lo esencial del honor en la Edad Media consistía en ser el signo externo de la posición social de cada hombre. Los honores del rey eran la corona real y

el cetro: como el honor del alcalde era la vara o las llaves de la ciudad. El honor mío, si mi oficio se hubiese conocido en la Edad Media, habría consistido, por ejemplo, en el permiso para lucir en las procesiones un bonete adornado con una pluma de gallina y para andar detrás de los arqueros pero delante del usurero mayor de la ciudad.

En la Edad Media no existían derechos subjetivos, tales como el derecho de propiedad, al modo que los ha creado la revolución francesa. El artículo 17 de la Declaración de los Derechos del Hombre dice: "Como la propiedad es un derecho inviolable y sagrado, nadie puede ser privado de él, como no sea cuando la necesidad pública, legalmente constatada, lo exija evidentemente, y bajo la condición de una indemnización justa y previa".

Este concepto del derecho a la propiedad es el que rige en todas las sociedades modernas, lo mismo en Alemania que en Francia, en los Estados Unidos que en España, y por cierto con gran satisfacción de las clases conservadoras de todas las naciones.

En la Edad Media, no se conocían los derechos subjetivos, invención moderna,

como la idea de la personalidad. Ninguna posición social se fundaba entonces en un derecho subjetivo. El rey mismo podía ser depuesto, y era depuesto frecuentemente, como no desempeñase a satisfacción general su función específica de hacer justicia en la distribución de los honores, que eran, a la vez, las posiciones sociales. En cuanto a los disfrutantes de estas posiciones, nunca se hallaban tan seguros de ellas como lo están ahora. Lo que el rey daba, el rey quitaba.

En las sociedades modernas el honor se ha sutilizado tanto que ha perdido toda base material. Lo importante, desde el punto de vista material, es ser rico, porque la mala fama no nos puede quitar la riqueza. Una vez ricos somos ya independientes de lo que los demás piensen o digan de nosotros. De ahí que la riqueza sea el supremo bien para los más de los hombres modernos.

Este deseo de poseer riqueza—sancionado por el concepto subjetivo del derecho—es lo que ha hecho colonizarse el mundo. Los hombres se han lanzado en estos siglos a las Indias de Oriente y de Occidente, con el propósito de enriquecerse, para no necesitar luego ajustar la vi-

sa a lo que piensen de ellos los demás.

Así se ha colonizado el mundo, pero cuando estaba ya colonizado, surge Alemania y dice:

“No por haber venido tarde me voy a quedar sin la parte del mundo a que aspiro. Vosotros os habeis apoderado del planeta en virtud del derecho subjetivo del primer ocupante. Yo opongo a vuestro derecho subjetivo el de creerme con más fuerza que vosotros”

He aquí un conflicto de derechos subjetivos contra derechos subjetivos. Y este conflicto no puede ser solucionado de un modo jurídico Ni tampoco podrán solucionarse jurídicamente los conflictos que sigan a esta guerra hasta que los hombres no caigan en la cuenta de que los derechos subjetivos son absurdos y de que, en realidad, nadie tiene derecho más que a cumplir su deber, es decir, a desempeñar la función que le corresponda.

Pero si la sociedad es justa encomendará a cada ciudadano y a cada pueblo, la función para que se halle mejor capacitado. Esta apreciación que los demás hacen de la capacidad de cada hombre o de cada pueblo es realmente su honor.

No hay solución jurídica a los conflictos creados por los derechos subjetivos a la propiedad y a la soberanía como no sea restaurando en su valor medioeval el estímulo del honor, como fundamento de las sociedades, y acabando de raíz con todos los derechos subjetivos, tanto de los individuos como de los Estados.

De lo cual se deduce que la Edad Media hacía muy bien al dar tanta importancia al honor. Es que sin honor no había entonces ni posición ni pan.

RAMIRO DE MAEZTU



33. -

El árbol y el hombre

Entre las leyes más admirables que la naturaleza nos muestra como rectoras de la vida, ninguna tan sabia ni tan profunda como esta de la correlación universal, que liga el sér al sér, el árbol al hombre, el agua a la vida, la mente a la estrella, la luz a la hoja y a la flor, a la pupila y a la imágen.

¡Qué misteriosa gravitación del lampo que humaniza el sol, fijando la luz y el calor en el árbol, para sazonarlo en el fruto que luego ha de bullir en la arteria purpúrea y destellar de nuevo en la célula y el neurona! ¡El sol es el que prepara y adereza la vida del vegetal nutricio, encarnándose en la flor y en el fruto maduro; él es quien fija el carbono en la hoja, separándolo del oxígeno, que adereza así para el pulmón!

¡Qué profunda correlación entre el insecto y la flor que fecunda con el mensaje de amor que de otras flores trae en sus alas, y esa del aire, mensajero de amores en los cálices, donde deposita los gérmenes de vida! Cuando el miasma devora la vida, viene el ciclón que lo sepulta en zonas que lo encadenen. Cuando el insecto devora al animal, viene el ave que lo salva. ¡Cuando la sequedad despuebla la llanura, viene el

árbol, que llama el nido, condensa el agua pluviosa y hace brotar el manantial.

El árbol es el amigo del hombre y paraninfo de su hogar. El árbol-pan, el árbol-agua, el árbol-sombra, el árbol-lumbre, el árbol-paz. El es el que morigera el invierno y templó el verano, apacigua las tempestades y amansa los huracanes y aquilones, guarda la humedad ambiente y llama a las nubes pluviosas, hace fluir los manantiales y congrega a su sombra las cunas y los nidos. El es el que da capa vegetal al suelo húmico, regularidad al meteoro, a la cabaña abrigo, al cuerpo salud, a la ciudad pulmón, al niño frondas y al poblado horuelos. El árbol del pan, el artocarpó, da al labriego el pan de cada día sin trigo ni maíz, y el de la lluvia da a la región que la sed devora, sombra, humedad y manantial aéreo.

¡ Imagen fiel de los hombres, los árboles entrelazan sus raíces en el subsuelo profundo, como el hombre en los más hondos estratos de la raza y de la historia, para vivir y crecer, elevando unos y otros sus cabezas hacia los cielos estrellados, bajo la santa comunión de la paz, sin que falte nunca luz bastante para nutrir las frondas y las mentes, ni savia bastante en el seno de la madre tierra para nutrir ramas y esperanzas!

Obrero de vida, el vegetal distribuye en cada estación la mies y el textil, la fibra y el tinte,

el combustible y el sustento, transformando el hidrocarburo en jugo nutricio. Ampara a la agricultura contra la sequedad y la inundación, contra el hielo y el vendaval. A la industria da su fibra, al riel su apoyo, al palacio su columna, al navío su armadura, sostén al alambre, al libro su hoja, al laúd su armonía.

Mulle el pensador la cuna del hombre en el bosque nativo, donde colgó el nido primitivo de sus hijos, y de cuyas ramas formó la masa y la flecha, el cayado y el báculo. Su fe pristina simbolizó en el árbol el bien y el mal, hizo de él con qué domar las ondas procelosas del mar y con qué penetrar en el misterio del más allá: el féretro. Bajo la paz de las encinas nemorosas ofició la fe druídica y también la justicia franca. La leyenda tomó de él con qué encender las ascuas proféticas de Isaías, y de sus simientes hizo el maestro de los maestros la sublime parábola del sembrador, y puso en el labio ungido de Asís este himno: "¡Hermano!"

El árbol, el agua y el aire, trinidad de vida, que el dios Pan encarna en el hombre en el más eufórico de los sentimientos humanos: el sentimiento de la naturaleza; de donde fluyen las creencias, que al través de las edades apaciguan las ansiedades humanas y calman las tempestades del dolor. La dendrolatría cuelga del árbol sus mitos y la poesía sus ritmos, como el ave sus

cantares. El arbolado es el que guarece la paz de los prados, almacena el sol para devolverlo en el carbón terciario, hecho luz y calor al soplo evocador de la ciencia y el arte.

Un árbol es una idea, que crece; una idea es un árbol, que da verdad por fruto. Las ideas andan por los arbolados, como las auras por las frondas. Higiene de las urbes, discurre la vida por el jardín y el parque; belleza da a las calles y avenidas; esparcimiento, granero, techo, heraldos del pensamiento escrito. Es el exponente de la cultura moderna, adorno de las ciudades. Emblema de la patria, el árbol acompaña al trabajo, sombrea las cunas, disciplina el vigor del niño y dota de viático de vida al hijo. Sembrad árboles al pie de cada cuna, dice el sabio. Cuando es tiempo de enviar al hijo en busca del pan espiritual a la escuela, os dará sus primeros frutos para alimentarlo; cuando sea tiempo de nutrir su espíritu con las verdades de la ciencia, ya os dará su cosecha de madera y combustible, y cuando vaya a aprender a vivir de sí mismo por medio de una profesión, os habrá colmado muchas veces con sus frutos.

Regulador de la vida, el árbol rige la lluvia, el viento, el calor y el aire; enfrena el torrente y la inundación y acrece el manantial: la fuerza que quita al huracán la distribuye en las brisas y las auras refrescantes; quita al coruscante

meteoro su energía destructora, protege el plantío contra el frío, el hielo, el granizo y el polvo. Vivo, es el árbitro de la vida, guión orgánico entre el mineral y el fluido, gas, aire o líquido; entre el blastema y la sangre, entre la luz y el pensamiento, cuyo órgano nutre con sus jugos. Muerto, abona con sus despojos el suelo que le dio la vida. Primero fue abrigo, hogar y foco; luego se hace emporio, mensajero de la idea en el periódico y el libro. "Muriendo, el árbol ha adquirido una vida superior: de tosca materia, casi se ha convertido en espíritu".

Defensor de la vida, el árbol es el soldado que vence la muerte, al miasma febril, con el elixir de su corteza trófica; al desierto inhospitalario, con el oasis umbroso; al granizo y la helada, con sus paramentos de frondas; al fuego abrasador, con la frescura de su follaje; a la inundación, la marisma y la torrentera, con sus hercúleos troncos. Zapador del progreso, el árbol avanza en silenciosa marcha, por las estepas y las faldas de las montañas, trepa a las rocas alpinas, escala la cima de los Andes y del Himalaya, y clava, cerca del azur, su cimera alada, donde anidan el ensueño del azul y el verdegay de la esperanza.

La conquista y el dominio del trópico la hará en primer lugar el árbol prolífico, precursor del poblado, heraldo de la agricultura. Despen-

sa que deambula al través del valle y del collado; camino que anda cargado de pan y vino, leche y miel, lumbre y combustible; frutos mil. ¡ Hablad de libertad al pueblo, donde el terreno desnudo de árboles sólo muestra la esterilidad del eriazo como una maldición! ¡ Hablad de fe al pueblo, cercado por el desierto, donde sólo se arrastra por sobre la pátina musgosa, el liquen del fetiquismo y el espejismo doliente del hombre, que sueña paraísos! Hablad de ideales a los que mueren de soledad y de laceria, sucio el cuerpo, sucia el alma, ayunos del árbol y del agua que le sirve de guía. ¿ Podrá nacer allí la noción del soberano, la planta democrática, la concepción del derecho y de la justicia, donde el yermo devasta el suelo inhospitario, bajo el cielo inmisericorde? El gobierno será para él el peor castigo, la religión flagelo y la ley cadenas.

El arbolado nos brinda esa copa de azul, que amor escancia. Un vagaroso ensueño circula por entre el follaje, penumbra del misterio que habita en las frondas. La serenidad y la alegría extraen del árbol los goces de la vida, como éstos la savia de la tierra; las despliegan al viento en la cabellera de hojas y de flores, que en callado ahinco elevan en pos de más luz en el regazo etéreo del tiempo.

ANTONIO JOSE IREGUI

(*Cromos.* Bogotá.)

34. -

La poesía castellana y Rubén Darío

UN juicioso crítico de la América española, q uien se debe quizá el más cumplido estudio que de Rubén Darío se ha hecho, escribió en él las palabras que siguen: "Rubén Darío, acaso pertenece hoy, más que a la América, a España". Esta opinión de Pedro Henríquez Ureña no es más que el complemento, a muchos años de distancia, de la tan conocida de José Enrique Rodó: "Indudablemente, Rubén Darío no es el poeta de América". El joven maestro dominicano y el reconocido maestro oriental convienen, pues, por exclusión, en una característica del poeta muy digna de ser tenida en cuenta: en su no-americanismo. No hay que tomar, con todo, en un sentido de rigurosa literalidad tales pareceres por autorizados que sean. En el de Pedro Henríquez, hay ya una palabra que atenúa.

Para las nuevas generaciones literarias españolas Rubén Darío no es tampoco un americano. Un Andrés Bello, un José Joaquín de Olmedo, un José María Heredia, un Olegario Víctor Andrade, con estar dentro de la tradición quintanesca y mostrarse, en la forma, muy próximos a nosotros, están, espiritual-

mente, más lejos, no solo por la materia del canto, americana en ellos, sino por algo más fuerte: por el transcurso del tiempo, como lo están nuestros mismos Quintanas y Gallegos, Arriazas y Listas. Nuestros verdaderos compatriotas no son los que han nacido en nuestro suelo sino los que viven en nuestros mismos días. Los grandes cantores que abren en España y en América, el siglo XIX, tienen otras preocupaciones, se sustentan de otras ideas, brotan de escuela muy distinta. Rubén Darío se levanta en el centro de nuestra sensibilidad y tiene la virtud de orientarla por caminos nuevos. No es el momento de hablar de una literatura española y de una literatura hispano-americana (mucho menos de tantas literaturas como estados). El idioma es lo que da independencia a una literatura y sólo en modalidades exteriores se diferenciarán las literaturas de América de las de sus viejas metrópolis, mientras no posean un medio de expresión substancialmente distinto. Pero ¿cuántos cientos de años se necesitarán para la formación de las lenguas neo-españolas?

Sólo para los muy apegados a la tradición, a la inmovilidad de las formas lingüísticas, puede aparecer Rubén Darío como un iconoclasta. Negar que en nuestro país se le ha discutido, sería vano; pero más vano sería tal vez afirmar que los que le discutían conocieron de su obra más que las ocho o diez poe-

sías repetidas en todas partes, cien veces parodiadas y más de una vez no entendidas. Hay que insistir en afirmar lo castizo de sus versos, siguiendo a Valera que decía, de los de *Azul...*: "Los versos de Usted se parecen a los versos españoles de otros autores, y no por eso dejan de ser originales: no recuerdan a ningún poeta español, ni antiguo, ni de nuestros días". Desde que esto se escribió (1889) el verso de Darío cambió bastante: pero véanse, en cuanto a la forma, el *Friso*, el soneto *A maestro Gonzalo de Berceo*, para no citar más, en *Prosas profanas*; el *Trébol* de *Cantos de vida y esperanza*; los tercetos de la *Visión* en *El canto errante*, y tendremos, en todas las grandes etapas de la poesía de Rubén Darío, fuertes ejemplos de versificación clásica suficientes para mostrar a quien lo dude que, si eligió otros caminos, no fué por más llanos, sino por más adecuados para su sentido poético. Aun a los mismos versos que se tiene por revolucionarios, no sería difícil hallarles abolengo. Quedan sus "versos libres" a la manera francesa, explicables también por nuestra silva, su tentativa de métrica bárbara, discutida por quien más elementos de comprensión debiera tener, por el vulgo literario, y de gran efecto en la lectura en voz alta y sus ricas e innumerables combinaciones rítmicas y agrupaciones estróficas. Todo esto trajo Rubén Darío a la poesía española, en lo exterior y embarcada en tan opu-

lenta nave toda la riqueza de un alma en que se funde la refinada sensibilidad de las viejas razas con un ímpetu juvenil, primitivo, que denuncia otra sangre.

El contacto con la poesía francesa determinó en el genio de Rubén Darío la corriente que hubo de llevarle a plena sazón. Un libro suyo, *Los Raros*, habla con elocuencia en este punto. Los *descubrimientos*, las admiraciones de Darío, apuntan allí; pero fuera pueril reconocer un maestro suyo en cada uno de los escritores que estudia. No debe tanto como se ha dicho a Verlaine y nada a Mallarmé. Mucho, en cambio, a Banville, a Gautier, al mismo Catulle Mendés; no poco a Moréas, a Tailhade, aun a poetas oscuros como Paul Guigou, en quien se hallaría el movimiento inicial de algunas muy notorias composiciones—que, por otra parte, son en Darío totalmente diversas y a veces superiores a sus dechados. En resumen, sus maestros franceses, más hay que buscarlos entre los *parnasianos* que entre los *simbolistas*; como parnasiano le define Rodó cuando escribe: “Los que, ante todo, buscáis en la palabra de los versos la realidad del mito del pelícano, la ingenuidad de la confesión, el abandono generoso y veraz de un alma que se os entrega toda entera, renunciad por ahora a cosechar estrofas que sangren como arrancadas a entrañas palpitantes”. Esto lo dice a propósito de *Prosas profanas*; pero lo dice mejor aun el poeta en la

primera composición de los *Cantos de vida y esperanza*, que en estas páginas se reproduce. En ese libro, su personalidad aparece ya libre y definida; pero aun, como en los posteriores, su acento se moldea en amplios vasos que le tienden ya Gabriel D'Annunzio, ya Walt Whitman. Todo esto lo trae también a la poesía española.

Cuando llega Darío a España, en 1892, la poesía languidece, Zorrilla va a morir; callan Núñez de Arce y Campoamor. Apenas preludian Manuel Reina y Ricardo Gil. Sólo se oye a los Velarde, a los Ferrari, a los Cavestany —si es que se les oye. Y sobre todos, se alza la voz nueva y robusta de Salvador Rueda. Darío es su amigo. Escribe el *Pórtico* para su colección titulada *En tropel* (1893). Ha dado ya a diversas revistas composiciones posteriores a *Azul...*, entre ellas la *Sinfonía en gris mayor* (España y América, Madrid, 25 Septiembre 1892). Pero cuando se le conoce verdaderamente es a raíz de *Prosas profanas*; algún raro ejemplar de la primera edición corre de mano en mano. Jacinto Benavente en *Madrid Cómico* y en *La Vida Literaria*, Luis Ruiz Contreras en la *Revista Nueva*, reproducen poesías, publican originales inéditos. Un grupo de poetas jóvenes se forma en torno suyo. Surgen los nombres de Francisco Villaespesa, Juan Ramón Jiménez, Manuel y Antonio Machado, entre otros menores. La nueva poesía castellana empieza.

¿Qué debe a Rubén Darío la nueva poesía castellana? Para los que se figuran que todo en ella son "princesas pálidas" la respuesta es fácil. Quizá no sea muy difícil tampoco, y la mejor que se puede dar es la que una escritora francesa, Rachilde, dió a los que le preguntaban qué papel había desempeñado Verlaine en la poesía de su tiempo: "Abrió las ventanas". Rubén Darío abrió también las ventanas a los poetas españoles. Les dió a conocer los poetas extranjeros que él amaba; leyó con ellos los poetas primitivos españoles; les libertó de la rigidez de una versificación atada por inflexibles reglas; les dió la preocupación de la forma, transformando el período oratorio, que hace impresión cuando se redondea, en la expresión cortada, rica en sugerencias, valiosa por sí misma: algo de exotismo; algo de arcaísmo; algo de preciosismo. Y, con todo, eso les trajo el don de una exquisita sensibilidad para lo nuevo. No se ha hablado aún, gracias a Dios, entre nosotros, del "sucesor de Rubén Darío". Ningún poeta tuvo sucesores jamás. Interrumpido queda el canto que el poeta no pudo acabar, y los oídos se vuelven no al que intenta continuarlo sino al que canta con más dulce o más viva expresión un canto nuevo. Si en los principales poetas españoles de hoy se encuentra algo que a Rubén Darío se debe, predilección por los metros que él empleara, por cierta manera de elocución, por cierto vocabulario, en to-

dos ellos hay personalidad bastante para ser algo más que discípulos del maestro. Con oídos nuevos han escuchado la música del mundo, con ojos nuevos han contemplado la naturaleza, con nueva sensibilidad han seguido el movimiento de su espíritu; con nueva voz han cantado. Pero el maestro los puso en libertad y los soltó en el aire, para que en él se fuesen, como las bandadas de que hablan las *Floreillas*, unos a oriente y otros a occidente, unos al norte y otros al mediodía.

No en todos los poetas españoles de hoy influyó Darío: Ahí están Unamuno, Eduardo Marquina, Enrique de Mesa. Pero, esto no obstante, algo ha cambiado en la poesía española desde que Rubén Darío apareció y por su nombre ha de empezar el capítulo de nuestra historia literaria en que se estudie la poesía de los comienzos del siglo XX.

E. DIEZ-CANEDO.

(España. Madrid.)

Apuntes, Parábolas, Proverbios y Cantares

350

*Ya en los campos de Jaén,
amanece. Corre el tren
por sus brillantes rieles,
devorando matorrales,
alcaceles,
terraplenes, pedregales,
olivares, caseríos,
praderas y cardizales,
montes y valles sombríos.
Tras la turbia ventanilla
pasa la devanadera
del campo de primavera.
La luz en el techo brilla
de mi vagón de tercera,
entre nubarrones blancos,
oro y grana.
La niebla de la mañana
huyendo por los barrancos.
¡Este insomne sueño mío!
¡Este frío
de un amanecer en vela!
Resonante,*

jadeante,
marcha el tren. El campo vuela.
Enfrente de mí, un señor
sobre su manta dormido;
un fraile y un cazador,
—el perro a sus pies tendido.
Yo contemplo mi equipaje,
mi viejo saco de cuero;
y recuerdo otro viaje
hacia las tierras del Duero.
Otro viaje de ayer
por la tierra castellana
¡pinos del amanecer,
entre Almazán y Quintana!
¡Y alegría
de un viajar en compañía!
Y la unión
que ha roto la muerte un día!
¡Mano fría
que aprietas mi corazón!
Tren, camina, silba, humea,
acarrea
tu ejército de vagones,
ajetrea
maletas y corazones.
Soledad,
sequedad.
Tan pobre me estoy quedando
que ya ni siquiera estoy

*conmigo, ni sé si voy
conmigo a solas viajando.*

*Si hablo, suena
mi propia voz como un eco,
y está mi canto tan hueco
que ya ni espanta mi pena.*

*Erase de un marinero
que hizo un jardín junto al mar,
y se metió a jardinero.
Estaba el jardín en flor,
y el jardinero se fué
por esos mares de Dios.*

*Era un niño que soñaba
un caballo de cartón.
Abrió los ojos el niño
y el caballito no vió.
Con un caballito blanco
el niño volvió a soñar;
y por la crin lo cogía....
"¡Ahora no te escaparás!"
Apenas lo hubo cogido
el niño se despertó.
Tenía el puño cerrado.
El caballito voló.
Quedóse el niño muy serio
pensando que no es verdad*

*un caballito soñado.
Y ya no volvió a soñar.
Pero el niño se hizo mozo
y el mozo tuvo un amor,
y a su amada le decía:
“¿Tú eres de verdad o no?”
Cuando el mozo se hizo viejo
pensaba: “Todo es soñar,
el caballito soñado
y el caballo de verdad.”
Y cuando vino la muerte,
el viejo a su corazón
preguntaba: “¿Tú eres sueño?”
¡Quién sabe si despertó!*

*Si me tengo que morir
poco me importa aprender.
Y si no puedo saber,
poco me importa vivir.*

*“¿Qué es amor?”, me preguntaba
una niña. Contesté:
“Verte una vez y pensar
haberte visto otra vez.”*

*Todo hombre tiene dos
batallas que pelear.
En sueños lucha con Dios;
y despierto, con el mar.*

*Pensar el mundo es como hacerlo nuevo
de la sombra o la nada, desustanciado y frío.*

*Bueno es pensar, decolorir el huevo
universal, sorberlo hasta el vacío.*

*Pensar: borrar primero y dibujar después,
y quien borrar no sabe camina en cuatro pies.*

Una neblina opaca confunde toda cosa:
el monte, el mar, el pino, el pájaro, la rosa.

Pitágoras alarga a Cartesius la mano.

Es la extensión sustancia del universo humano.

Y sobre el lienzo blanco o la pizarra oscura
se pinta, en blanco o negro, la cifra o la figura.

Yo pienso. (Un hombre arroja una traíña al mar
y la saca vacía; no ha logrado pescar.)

*“No tiene el pensamiento traíñas sino amarras,
las cosas obedecen al peso de las garras”,*

exclama, y luego dice: *“Aunque las presas son,
lo mismo que las garras, pura figuración.”*

Sobre la blanca arena, aparece un caimán
que muerde ahincadamente en el bronce de Kant,

*Tus formas, tus principios y tus categorías,
redes que el mar escupe, enjutas y vacías.*

Kratilo ha sonreído y arrugado Zenón
el ceño, adivinando a M. de Bergsón.

*Puedes coger cenizas del fuego heraclitano,
mas no apuñar la onda que fluye, con tu mano.*

Vuestras retortas, sabios, sólo destilan heces.

¡Oh, machacad zurrapas en vuestros almireces!

*Medir las vivas aguas del mundo . . . ¡desvarío!
Entre las dos agujas de tu compás va el río.
La realidá es la vida, fugaz, funambulesca,
el cigarrón voltario, el pez que nadie pesca.
Si quieres saber algo del mar, vuelve otra vez,
un poco pescador y un tanto pez.
En la barra del puerto bate la marejada,
y todo el mar resuena como una carcajada.*

Puerto de Santa María, 1915.

*Sobre la limpia arena, en el tartesio llano
por donde acaba España y sigue el mar,
hay dos hombres que apoyan la cabeza en la mano;
uno duerme, y el otro parecè meditar.
El uno, en la mañana de tibia primavera,
junto a la mar tranquila,
ha puesto entre sus ojos y el mar que revérbera,
los párpados, que borran el mar en la pupila.
Y se ha dormido y sueña con el pastor Proteo
que sabe los rebaños del marino guardar;
y sueña que le llaman las hijas de Nereo,
y ha oído los caballos de Poseidón hablar.
El otro mira al agua. Su pensamiento flota,*

*hijo del mar, navega,—o se pone a volar.
Su pensamiento tiene un vuelo de gaviota,
que ha visto un pez de plata en el agua saltar.
Y piensa: “Es esta vida una ilusión marina
de un pescador que un día ya no puede pescar.”
El soñador ha visto que el mar se le ilumina,
y sueña que es la muerte una ilusión del mar.*

Sanlúcar de Barrameda, 1915.

ANTONIO MACHADO

(La Lectura. Madrid.)

Enseñanza de la Geografía

NINGUNA rama de la instrucción puede ser concebida sin sus complementos naturales, mediante los cuales forma un conjunto con el resto del saber. Sería, pues, aventurado querer trazar un plan de estudios geográficos sin tomar en cuenta todas las otras disciplinas de la enseñanza.

No teniendo a mi alcance el programa detallado de las materias que dividen el tiempo de los alumnos, en las escuelas a que me dirijo en este momento (1) admito como cierto que la descripción de la Tierra, o geografía

(1) Eliseo Reclus, cuyo nombre no debe ser precedido ni seguido de adjetivos, tenía verdadero interés en la instrucción del niño argentino. Entendía que nuestro suelo sería asiento de un gran pueblo, cabeza de esta América, y muchas veces en el transcurso de una amistad de veinticinco años fueron motivo de nuestras conversaciones o correspondencia los destinos de este país. Cuando durante su destierro en Suiza trepábamos las colinas que dominan su habitación de entonces, en Clarens, y el vecino trágico castillo de Chillon, y admirábamos el azulado lago de Ginebra, ante las eternas nieves de los Alpes, surgía de nuestra charla el futuro de Patagonia que yo acababa de recorrer y de cuyo oeste esas verdes colinas, esas aguas, esas nieves casi eran imágenes reducidas. Veinte años después frecuenté su sencillo hogar-colmena de Bruselas y el problema del noroeste argentino y del Pacífico fué encarado por su luminoso saber. El dilatado Chaco, las tierras correntinas y entrerrianas avanzadas no comprendidas del porvenir nacional, los llanos de Santa Fe, Buenos Aires, Córdoba y San Luis, las serranías centrales, tan poco apreciadas como conocidas en sus riquezas naturales, las montañas, lagos y selvas australes, los bosques tucumanos, salteños y misioneros, las tierras secas del interior tan seme-

propiamente dicha, ocupa a los niños durante tres horas, a lo menos, por semana. Además tengo en cuenta un número al menos igual de horas durante las cuales, con motivo de la historia universal o nacional, la geografía solicita el interés de los alumnos de manera indirecta.

Considero también como ya establecido que los paseos y las excursiones en plena naturaleza, la gran educadora, deben ser numerosas y seriamente dirigidas. En fin, supongo al maestro como un espíritu amplio, generalizador, abierto a todas las impresiones nuevas. No lo querría demasiado recargado de tarea, pues una cierta tregua es indispensable para que el pensamiento no se entorpezca y para que el profesor no se haga un pedante o un nulo.

No es una paradoja decir que las lecciones

jantes a las de Estados Unidos, convertidas en vergeles, como allí en Los Angeles, en Mendoza y San Juan, el uso de las aguas de los grandes ríos, de los lagos, de los arroyuelos, sin gastarlas, como el de los árboles sin talarlos, en fin, la conservación de la gran heredad nacional a través de las generaciones venideras, con el antecedente de la destrucción por la ignorancia y ceguera de los hombres de la unidad geográfica que constituyó el virreinato, destrucción que ha trastornado su organismo con la alteración de la posición de su médula espinal el Río Paraná, fueron otros tantos temas clarovidentes. Cuando más tarde le recordé desde aquí nuestros comunes anhelos y le pedí que escribiera algo sobre la enseñanza de la geografía, tan poco cultivada en la escuela argentina, me envié las páginas que siguen y que he conservado inéditas hasta hoy. Con ellas deseo principiar este volumen de EL MONITOR, el primero que se publica bajo mi dirección. Léanlas maestros y discípulos, medítenlas y practíquenlas—harán obra buena para la patria y honrarán a la vez la memoria de su autor teniendo siempre presente la frase con que terminan.

F. P. MORENO,

suplementarias, o todo lo que se les parezca, deben ser evitadas, con el mayor cuidado, por el profesor, fuera del tiempo estrictamente consagrado a la enseñanza directa.

En los paseos, el que acompañe a los niños, hermano, amigo o maestro de escuela, debe abstenerse absolutamente de dar explicaciones que no le sean pedidas. Pero si es ingenioso, y si comprende bien el arte de hacer pensar a los alumnos, no dejará de guiarlos sucesivamente en los alrededores, de modo de hacerles adivinar a ellos mismos y comprender a fondo, una completa lección de cosas. Aun en las planicies de aluviones, encontrará muchas irregularidades de terreno que para los discípulos serán planicies, colinas, valles y quebradas. No faltará tampoco en alguna parte del distrito de la escuela un curso de agua, riachuelo o río, por el que los muchachos puedan seguir las riberas o el hilo de la corriente, mostrándose los unos a los otros, los recodos, los rápidos, los grandes fondos, los vados y los bancos de arena; ellos verán también los diversos accidentes de la orilla con cantiles, promontorios, taludes, arenales y playas.

Si tienen la suerte de vivir en países de sitios grandiosos, de montañas o litoral oceánico, entonces la variedad de los paisajes les permitirá ver metódicamente, como en resúmen, la Tierra toda y conocerla y comprender quizás todos los fenómenos. ¡Y qué contrastes

también en las transformaciones que el hombre introduce en la superficie de la tierra,—cultivos diversos, bosques y jardines! En fin, las excursiones realizadas a través de los campos son las mejores para facilitar la vista del cielo con sus juegos de luz y de sombra, y la forma siempre cambiante, de las nubes que el viento divide, desparrama o acumula en cirros y hace desplomar en aguaceros sobre el suelo. Y si por casualidad, los niños se han despertado muy temprano o se pasean tarde al aparecer las estrellas, aprenderán los misterios del cielo y las relaciones del astro terrestre con la inmensidad del espacio. Pero, en todas esas lecciones de cosas, que se confunden con la alegría de la marcha y de la vida al aire libre, recuerde el profesor siempre las palabras de Spencer: “Debe decirse al niño lo menos posible y hacerle encontrar lo más posible”.

En la escuela las lecciones toman otro carácter y se hacen más precisas en su enseñanza, pero sobre todo ahí está el peligro, porque los maestros disponen de manuales que les aminoran la tarea y que les dispensan de sacar el curso de su propio fondo. Por su parte, los niños, cuya memoria recibe y guarda tan fácilmente las impresiones, se dejan imponer sin protestar la recitación nemotécnica de algunas líneas y parece que todo dice: la lección de geografía está hecha, la conciencia queda en paz. Sin embargo, cuán en desacuerdo está tal método con la verdadera enseñanza, por-

que ella dispensa de todo esfuerzo a la inteligencia, propiamente dicha, y se limita a figurar palabras que se graban en los repliegues del cerebro y que ocupan un sitio que podría llenar más provechosamente el conocimiento real de las cosas. Yo me he encontrado con niños que, atravesando un río, no tenían idea alguna de que el nombre de esa corriente de agua, recitado en la clase tuviese la menor relación con el agua corriente que fluía bajo sus piés. La memoria sin el pensamiento es una cosa que degrada, que rebaja al hombre, lo reduce a simple materia bruta, como la roca en que ha grabado su nombre.

No acudamos, pues, más que moderadamente a la memoria y limitémosnos a saber mirar. La lógica de las cosas querrá precisamente que esas primeras miradas tengan un carácter absolutamente sintético, comprendiendo a la vez los horizontes opuestos, el del cielo y el de la escuela. En efecto, para aprender a conocer la Tierra, es necesario medirla, determinar sus rasgos, fijar las posiciones relativas. El profesor se verá, pues, obligado antes que todo, a ejercitarse con sus alumnos, en ver bien en qué medio se encuentra la sala de la escuela y el espacio que ocupa: es un trabajo de geografía que comienza por lo infinitamente pequeño, el trabajo inmenso de la medición del mundo, pero que no puede hacerse sin el empleo de medios que precisamente nos son suministrados por el conocimiento de la astro-

nomía en la que ella tiene de más grandioso, porque la más sencilla exposición geográfica necesita la observación del meridiano. Sin embargo, esa observación entra fácilmente en el campo de los estudios directos que el niño puede emprender y verificar. Desde luego, comprobará de una manera general que el sol "se levanta" en una zona del horizonte, que cada día varía débilmente y que "se pone" en otra zona, cuyo punto diario es igualmente poco considerable. Reconoce así los dos lados opuestos del contorno terrestre, el oriente y el occidente. Esto ya es mucho, pero el lugar preciso de esos dos puntos cardinales no lo conoce claramente todavía, a causa de la variación diurna, mientras, que la línea del meridiano se dibujará diariamente a mediodía con una exactitud perfecta.

Una vara derecha plantada en tierra, a falta de cuadrante o de gnomon basta para mostrar la sombra en el momento del día en que ésta es más corta. Esta sombra es trazada precisamente en el sentido del norte, si se habita el hemisferio septentrional; en la dirección del sud si se vive en el hemisferio opuesto. El escolar que comprueba la dirección de esta sombra, conoce así una de las líneas fundamentales de la geometría terrestre: la del meridiano que une un polo al otro polo. La construcción de una línea transversal que corte el meridiano en ángulo recto, le dará los otros dos puntos cardinales.

El niño posee pues, por las medidas precisas, los primeros elementos del mapa. En adelante, sabrá orientar todas las líneas trazadas en la superficie terrestre.

En cuanto a la medida de distancias, puede practicarla como nuestros antepasados, sea por el número de pasos o por el de codos o brazos, sea por cualquier otra medida convencional, la del metro, cuyo origen geodésico se le enseñará luego.

Estos primeros estudios, que pueden combinarse con los paseos y aun con los juegos, deben, sin embargo, hacerse seriamente y con método, pues son el punto de partida de toda la enseñanza geográfica. Preparado con esos conocimientos, el alumno puede ya dibujar el mapa, es decir, el plano, de la sala de clase; luego puede medir y situar un espacio más grande, y finalmente, abordar toda una extensión considerable, un campo con casa y granja, arroyos y senderos, colinas y valles. Adquiere así el verdadero sentido de las orientaciones, de las distancias, de las posiciones relativas.

Según los formatos del papel que emplea para su trabajo, aleja o aproxima los diferentes puntos que aparecen en su mapa, y se familiariza así con un nuevo conocimiento de capital valor en la ciencia: aprende a determinar las proporciones y a servirse de escalas diferentes. El maestro de escuela debe insistir durante mucho tiempo en ese nuevo

progreso y hará reproducir el mismo mapa, en grande y en pequeño, de manera que la vista aprenda a distinguir prontamente la proporción exacta de las reducciones del dibujo. Una vez alcanzada esta conquista, el escolar se encontrará mejor preparado, como geógrafo, que la mayoría de sus contemporáneos adultos.

Calculamos en un semestre el período preparatorio de los cursos de geografía, consagrado a esos trabajos preliminares. Según nuestra opinión, el curso correspondiente de historia, desarrollado durante el mismo espacio semestral, trataría paralelamente de la historia local del país, que el niño puede abarcar con su mirada o que tiene siempre presente a su inteligencia en sus conversaciones diarias. Así el escolar francés oír hablar constantemente de París y el alumno argentino tendrá sus ideas dirigidas hacia el estuario del Plata.

Seguro ya de su geografía local, el alumno emprenderá sin peligro el estudio de la geografía de conjunto. El uso de globos es entonces indispensable, pues sin el empleo de una esfera le es absolutamente imposible al niño comprender la superficie verdadera de su país, comparado con la superficie de la Tierra entera. Pero en toda escuela bien provista, el globo terrestre está allí; fácilmente manejable, sea que se le tenga suspendido libremente del techo o colocado sobre un ancho plato de ma-

dera, o que se le haga girar alrededor de un eje de metal. La experiencia adquirida en las escuelas, desde la época de los grandes descubrimientos mundiales, es decir, desde hace cuatro siglos, nos enseña que la forma más cómoda de globos para la enseñanza de la geografía, no pasa de 2 metros de circunferencia, que es la proporción de la veinte millonésima parte 1: (20.000.000) en relación con las verdaderas dimensiones de la Tierra. En un globo de este tamaño, nada incómodo, por cierto, convendrá que el maestro haga determinar por sus alumnos la forma y la posición relativa del país natal estudiado en el curso preparatorio. La verdadera localización de la comarca conocida, comparada con el resto de la Tierra, no puede dejar de fijarse entonces en el espíritu con una precisión absoluta. Tal es el medio de aprender, y no existe otro, pues los mapas planos son necesariamente inciertos y engañosos. No pueden tener utilidad sino para los que saben; y engañan fatalmente a los que están todavía en el período del estudio. Es pues, un verdadero crimen contra la enseñanza lógica y normal colocar mapas o atlas en manos de los niños. En efecto, los mapas de tal o cual comarca olvidan toda representación de la redondez de la tierra y por eso mismo aquellos aparentan ser una parte indefinida de la superficie del globo: ninguna proporción verdadera está indicada. Hecho tanto más grave por cuanto estando las pro-

yecciones de las costas dibujadas de acuerdo con procederes diferentes, resulta que las representaciones son diversamente erróneas, sea en la zona central o en el contorno. Sucede a menudo con el manejo de los mapas, del sistema más frecuentemente usado (el de los meridianos paralelos, trazados según el método de Mercator) que, comarcas de la zona glacial, insignificantes por su extensión, parecen diez veces mayores que las vastas tierras ecuatoriales. El testimonio de la vista deja, a pesar de todo, una impresión duradera y definitiva en el espíritu maleable de los niños.

En fin, los mapas de atlas son igualmente condenables puesto que, a excepción de una sola colección, la del inglés Proctor, que por lo demás es de muy pequeñas dimensiones, estos mapas están trazados en diferentes escalas y por consecuencia no pueden compararse entre ellas sino con la ayuda de cálculos matemáticos, para los cuales el espíritu no está preparado. En un atlas, el país originario está siempre representado con proporciones colosales en relación a los países lejanos, y es por esto que se supone sin trabajo que Java, sacrificada en el atlas, es una pequeníssima isla y que el Japón es un archipiélago insignificante. Lo cual hace pensar: ¿cómo puede colocarse allí una población décuple de la que indica el censo en la R. Argentina? El precepto absoluto en la escuela primaria modelo es, pues: suspender el empleo de mapas y de atlas du-

del de Neardenthol, ya mencione las grandes invasiones y el rechazo de los pueblos, los grandes choques de las naciones, la población de las tierras, los lugares donde acontecimientos memorables han ocurrido, los alumnos señalarán con facilidad en el globo, el punto, la línea o figura que corresponda exactamente con la lección.

Pero el maestro experto que quiere estar completamente seguro de la atención de sus alumnos, no se contentará con llamarlos al globo apizarrado, los unos después de los otros, para darles una lección práctica, sea de geografía o de historia. Les pondrá también entre sus manos un globo de "juguete", de pequeñas dimensiones (al 8.000.000, por ejemplo con más o menos 50 centímetros de circunferencia, 16 centímetros de espesor), a fin de que tengan a la vista el medio de seguir las explicaciones dadas sobre el globo de demostraciones, dibujando en él todos los puntos y líneas, según el modelo. Deben poder manejarlo con desenvoltura y hacerlo girar a voluntad. Esto constituirá uno de los objetos de estudio más precioso y a la vez, más cómodo que poseerá el alumno.

Por importantes y necesarios que sean en la enseñanza escolar los objetos que se colocan al alcance de los niños, no valen ciertamente, como medio educativo, lo que las obras que provienen del trabajo personal y reflexivo. Durante el período de estudios, a lo

menos desde principio del segundo año, llegará un momento en que el profesor no deberá limitarse a la simple descripción; y el joven estudiante tendrá mayor iniciativa propia en su educación geográfica.

Suficientemente hábil para dibujar un mapa de su pueblo de residencia, con orientación y proporciones verdaderas, se ejercitará en adelante en representar también las regiones accidentadas con su verdadero relieve y la forma de su estructura. Este trabajo metódico, practicado según los procedimientos regulares que el profesor le indicará, le dejará una impresión imborrable de las formas terrestres, de su aspecto, de su arquitectura íntima y de su parte de influencia en el transcurso de la historia.

Durante el segundo, y sobre todo, durante el tercer año del curso, el profesor puede, creemos, servirse de mapas, pero solamente de mapas que representen una extensión poco considerable de la superficie terrestre, 500.000 kilómetros, a lo más, de modo que con muy débil esfuerzo de imaginación pueda uno figurarse la ligerísima inclinación que esta mínima parte de la película terrestre debería tener realmente. Pero para espacios más extensos, sobre todo para las regiones continentales, Europa, Asia, Africa, Australia, América del Norte y del Sud, y aun para las partes de los continentes, tales como la Argentina, el Brasil, Bolivia, se hace indispensable el empleo de "discos" o "escudos" globu-

lares, es decir, fragmentos o cortes circulares de la superficie del globo que componen los países respectivos. La experiencia nos enseña que el mejor método para exponer esos discos es suspenderlos en la pared de la escuela, donde producen un efecto estético muy atrayente. Pero su gran mérito consiste en fijar para siempre en el espíritu de los niños la impresión verdadera de la forma terrestre de las diversas comarcas. Gracias a este método de enseñanza, el discípulo tendrá, lo que faltaba a sus predecesores, educados según los procedimientos antiguos: una gran facilidad para disipar el caos aparente de las posiciones geográficas. Posee el hilo conductor a través de ese dédalo, sobre todo si ha tenido la suerte de tener por director de estudios a un hombre que haya comprendido la vida, las cosas y su constante evolución al través del espacio y del tiempo. Aun desde el punto de vista moral, obtendrán ventajas apreciables los jóvenes que hayan aprendido la geografía y el encadenamiento de los hechos históricos en presencia del globo, más que por medio de mapas erróneos y difícilmente comprensibles. El mejor medio de formar hombres rectos, valerosos, llenos de iniciativa, es guiarlos por una clara exposición de la verdad.

ELISEO RECLUS.

Flor de madroño

DE vencida iba la tarde cuando Juana divisó, a lo lejos, en la serenidad de la llanura, el ganado que, a modo de sutil franja negruzca y ondulante, volvía al establo.

Encaramóse sobre la cerca de toscas piedras; guiñó los ojos, herida por la viveza de la claridad vespéral, y llevándose la diestra a la altura de la frente, a guisa de pantalla, envuelta en el rebocillo azul, medio deshilado y no poco raído, se dió a mirar, a mirar tan larga, tan fijamente como se lo permitía su buena vista campesina, en dirección de donde las bestias se aproximaban.

Tramontaba el sol en aquel instante. Dijérase un bólido rojizo que caía en un invisible mar del ocaso, lanzando fulguraciones de oro. La paz de la sombra se iba haciendo en los llanos, en los pequeños valles de la toluqueña sierra, en tanto que mesetas y picachos se bañaban en una luz macilenta, y en la suave transparencia azul nubes errantes se coloreaban levemente. Una dulzura infinita parecía descender de lo alto. En el grave silencio de la tarde, oíanse lejanos los gritos de los "coleros" que azuzaban el ganado; el

mugir lento y solemne de los sementales que entre las vacas venían, y el ladrido de los perros en la corralada. Apenas si un soplo de viento levantábase de vez en cuando, arrastrando la paja abandonada en la cercana era.

Y Juana miraba, miraba.... Allá venía, sí. Distinguíale marchando con asentado paso a la vera del camino, la "cobija" al hombro, el ancho sombrero de palma, medio deshecho por el uso y los temporales, echado hacia atrás; el apretado pantalón azul un tanto caído, y los brazos colgantes, rozando casi las manos el lomo del perrazo negro y enjuto que trotaba a su lado. ¡Y de qué buenas hechuras su hombre le parecía, siguiendo a la vacada! ¡Y cómo quisiera que se acortasen las distancias para tenerle ya cerca, darle un cachete y un tirón de orejas cariñoso, precursores ambos de la cena calentita y picante que los dos comerían junto al fogón, iluminadas sus caras famélicas por el esplendor rubicundo de las brasas! Pero no, no llegaba; lejos aún le tenía. Ni todos sus deseos fueran capaces de cambiar el tardo paso de las bestias, ni así se desquiciara el mundo, el buenazo de su marido echaría a correr por verla, dejando atrás a los animales. Como a las niñas de sus ojos les quería, y más que a ella, a Flor de madroño, la muchacha codiciada en cinco leguas a la redonda en los tiempos todavía recientes de su celibato.

¡ Ah, las murrias de ella al principio, ante aquel amor de su hombre por toros y vacas ! ¡ Las grescas que armó ! Las caras que puso de recién casada, cuando José de Jesús desaparecía en los establos horas enteras !

Que tal hiciera si con otra mujer “de razón,” aunque fea, se hubiese presentado ante el cura, no importaría ; ¡ pero con ella, buena moza como otra ninguna ; con ella, a quién habían “arañado las manos” el mayordomo, el caporal y el montero, y algo más que las manos el “niño” del amo que de mal gusto no pecaba !....

En la casa de la hacienda, una legua no distante del establo, allá tras de las lomas, había nacido y se había criado. A la sombra de los señores creció y se hizo guapa. Supo vestir tan ricamente sus enaguas de percal bien planchadas, sus rebozos de Santa María, y hasta calzó zapatos. Pusiéronla por mote *Flor de madroño*, porque de la flor del madroño tenía la rosada blancura, la redondez simpática, una exuberancia apetitosa dentro de su pequeñez casi minúscula ; y Flor de madroño se la quedó para los días de su vida, con regocijo de la gente charra que la pretendía, y de los gañanes que, no muy confiados, hasta ella solían alzar los sandios ojos. Y sucedió que ni charros ni palurdos consiguieron nunca algo más que una mirada : Flor de madroño, que se distinguiera entre el “gaterío” de Toluca,

adonde una vez la llevaron sus amos, y que por bocado sabroso para paladar que supiera catarlo se la tuviese, fué a caer en brazos de José de Jesús, el vaquero, ni más ni menos....

¡Y no se arrepentía, por María santísima! Lo pensaba ahora, mirándole venir, ya más cerca, más cerca, envuelto en la claridad de una ráfaga solar que descendía de la cumbre sobre aquella parte del camino que trepaba en la falda del cerro. No se arrepentía, no. José de Jesús era bueno como los trigos de la vega: no se emborrachaba, no tenía tampoco el vicio del despilfarro. Cabalita como la recibía entregábale la "raya" los sábados, y en sus cinco sentidos habíale visto siempre, limpia la boca de aquel tufo hediondo a pulque que traían los peones de El Salto, cada domingo que iban a Santiago. Tampoco enamoraba....

Pero al llegar aquí de su rústico elogio mental, Flor de madroño se puso seria, de risueña que estaba; llevóse las puntas del rebozo a la boca, y clavó las pupilas con mayor fijeza en José de Jesús, que se encontraba ya a escasa distancia.

No podía creerlo. ¡Cómo era posible que José de Jesús volviese a entenderse con María Petra, la mujerzuela aquella con quien tuvo sus dares y tomares en días de soltero! ¡Ni cómo podía suponer que María Petra viniera al establo mismo, y allí, entre las bestias, quizá en los pesebres....?

¡ No ! Todo se reducía, sin duda, a puras imaginaciones de su comadre. No se falta a una mujer a los seis meses de casado. Si fuese al año.... ¡ vaya.... ! Pero ¿ y el ensimismamiento de José de Jesús ? ¿ Y aquel no querer hablar, ni reír, ni bromearse, que le notaba desde el sábado, en que había ido a la hacienda para dar aviso de la enfermedad de la "Consentida ?" ¿ Qué eran ? ¿ A qué obedecían ?

— ¡ José de Jesús !—gritó, viéndole a pocos pasos.

Ya las primeras vacas se acercaban al establo. Olfateaban la pastura fresca, el caliente rinconcillo bajo de techo, junto al pesebre, propicio a la noche, y era de ver la alegría que revelaban sus ojazos de ordinario tranquilos. A saltos, cornadas y coces metíanse por el enorme portón abierto en el muro blanco, coronado de tejas rojas, donde cabrilleaba el último esplendor del crepúsculo. Invadían el patio empedrado, oloroso a boñiga, en el centro del cual, dentro del recinto apartado que les correspondía, hallábanse ya los becerros, que asomaban el hocico húmedo por entre los travesaños de las puertas, bramando mansamente, como si llamasen amorosos a las madres. Pero lo peor era que se apelotonaba, que se estrechaba el ganado en el recio portón. sobre todo aquella tarde, con gran enojo de José de Jesús, que ya venía corriendo, seguido del perro negro

y con el puño en alto, pronto a descargarlo sobre las lucientes ancas de las bestias.

—¡Eh, tú, colero, échales duro si no quieren ajuiciarse! ¡Errea, “Bonita!” ¡Mándale una guantada al “Don Juan Tenorio”!....

Corría sudoroso, rojo, encorajinado.

Y Flor de madroño le dijo, sumisa y risueña:

—José de Jesús....

Y él respondió:

—Güenas, mujer.... ¿Cómo va la “Consentida”?

—Mal.

Y pasó de frente, sin volverse siquiera, atento al tropiezo del ganado contra el muro.

—¡Empújalo pa allá!—repetía.—¡Dale recio!

Gritaba él; respondíale el “colero”, mozuelo de cara terrosa y sucia camisa y calzón de manta. Gritaban también del interior los demás vaqueros, y todo en vano, porque “Don Juan Tenorio” uno de los sementales, suizo de pura raza, empeñábase en bravuconear junto a la puerta, sembrando miedo y desorden. Fué preciso que José de Jesús llegase, y rápido, sin miramientos mayores, le asestara un puñetazo en plena testuz, acompañado de un ¡érrea! retumbante, para que la hermosa bestia se decidiese a entrar, seguida a continuación por el resto del ganado, que iba desapareciendo lentamente por el amplio portón.

Y en tanto José de Jesús, huraño, atendía a

estos menesteres, Flor de madroño quedó pensativa y como absorta en un pensamiento junto a la cerca, envuelta en la luz azul pálida, de la noche que empezaba a insinuarse. No lloró como en tales ocasiones solía hacerlo; no se indignó por la frialdad del saludo; no habló. Con andar distraído de sus piés descalzos sobre el suelo tapizado de estiércol, encaminóse a casa, al humilde cuarto que a un lado del portalón del establo se hallaba, y por el cual salía de lo alto del techo, chimenea arriba, el humo plomizo del fogón, en la melancolía del crepúsculo que comenzaba a extinguirse.

Preparó la frugal cena de la noche. Arrodillada ante el metate, la blancura de sus brazos, libres de la opresión de las mangas, contrastaba con el amarillo de la masa de maiz con que hacía las tortillas, que de sus manos pasaban al comal, rodeado por las llamas rojizas de los leños del fogón, y del comal al cesto. Trafagueaba maquinalmente. Su pensamiento corría por otra parte. A su memoria acudían las palabras de la comadre: —“Ande, no sea tonta, no se “fie”: a la otra le gusta su marido, y vendrá a quitárselo el día que menos lo aguarde.”

Habíase quedado inmóvil, cuando él entró. Ni una pregunta, ni un gesto; encerrábase el vaquero en obstinado mutismo. Cogió el tosco plato de

chile rebosante; se acercó al cesto de las tortillas, y empezó a engullir en silencio....

—¿Qué te pasa, José?—interrogó, mirándole.
—Nada.

Había terminado ya. Se puso en pie. Salió....
Y pasaron las horas.

Flor de madroño no se dió cuenta de su paso. Aquel sentimiento informe, nacido a la primera sospecha, iba creciendo en su interior, creciendo, creciendo.... Era como si una espina, una grande espina punzante, a modo de las que en los senderos torturaban a menudo sus pies, se la hubiera clavado en las entrañas. Era como si las lengüetas de aquella lumbre del fogón, que enrojecían su rostro, se alargaran, quemándole el alma. Mustia, habíase agazapado en el rincón lleno de humo y de hollín; no pensaba; no sentía. Cuando salió de su anonadamiento, vió que José de Jesús aún no había tornado. Congojosa y sorprendida se levantó. Fué hasta el umbral. Reinaba la noche en los campos; la luna, en su último cuarto, esplendía en el piélagó azul.

E instintivamente, Flor de madroño se dirigió al establo.

Penetró en el ancho zaguán, internándose en el patio en torno al cual se alzaban los blancos muros bañados de clara luz de luna, y se percibía la respiración de las bestias. Detúvose junto a la puerta de largos travesaños que encerraba aslo

críos; algún becerrillo dejó oír, en la noche, su lamentación por la madre lejana.

Le faltaban las fuerzas. El flaquear de sus piernas, un deseo grande de gemir, impedíanla que siguiera adelante. Mas, al propio tiempo, los celos que se despertaran ya en su ánimo, la dieron valor para llevar a cabo la pesquisa. Su marido estaba allí, y era menester encontrarle.

Maquinalmente se dirigió hacia la parte del establo que todavía se conservaba sumida en la sombra. Tres pasos más allá, Flor de madroño escuchó el rumor ondulante de una voz: un cuchicheo de ternura, infinitamente amoroso, que la heló.—¡ Con que, era verdad; la rival vencía!— Cautelosa, avanzó hacia la puerta, que se hallaba entreabierta. Un vaho saturado de olor de estiércol y de silo envolvió su rostro que, sin ruido, iba asomando lento por entre las maderas de la puertecilla rústica. Las vacas, echadas las unas, al pesebre aún las otras, rumiaban quietamente.... Y descubrió allí en la penumbra, junto a una de ellas, casi abrazado al lomo anchísimo, la cara junto a la noble testuz de abierta cornamenta, a José de Jesús, que hablaba quedo, dulcemente, al animal enfermo, a la "Consentida," que por la tarde volviera del campo, entre las últimas del ganado, con paso débil y el mirar de sus grandes ojos inquietantes, revelador del mal que la consumía.

Flor de madroño retrocedió, sorprendida y gozosa, emprendiendo el retorno a la casuca, bajo la luna.... Y aquella noche, en el quicio de su puerta, a la entrada del establo, mientras aguardaba al vaquero, sintió gana de cantar, y hubiera apostado que las estrellas le sonreían.

CARLOS GONZALEZ PEÑA

(*Nosotros. Méjico.*)

Como Byron

A Gabriel Zéndegui, en Londres.

ANTE el horror prolongado de esta furiosa demencia de la guerra europea, se siente el ánimo casi impedido de protestar, por temor de ser acusado de creerse uno superior, siquiera porque conserva algunas vislumbres de razón. Más de una vez he leído, en periódicos parisienses, burlas acerbas contra los que se permitían dolerse de esta inútil matanza sin medida, que sólo ha de dejar en pos de sí inacabable estela de rencores y anhelos de venganza.

Pero hay un aspecto de las enormes pérdidas que está sufriendo la humanidad, el cual bien se puede considerar y deplorar desde ahora; porque para él no cabe alegar compensación, ni sombra de compensación.

Los grandiosos edificios arruinados, las fábricas colosales destruidas, los pueblos, las ciudades taladas y hasta derruidas, todo puede restaurarse. Los millares y millares de niños huérfanos y errantes, pueden ser recogidos y educados. Los ríos de sangre humana se secarán al cabo, y nuevos hombres vendrán a ocupar los huecos que esos otros innumera-

bles han dejado. Pero ¿quién o qué devolverá al mundo los altos ingenios que prematuramente ha perdido?

En medio de la universal mediocridad humana, éstos que acendran en su mente la quinta esencia de nuestra espiritualidad, esos vasos tan exquisitos y tan frágiles, tienen demasiado valor, para que los veamos sin espanto caer quebrantados y ser arrastrados en el vórtice del torbellino. ¡Cuántos artistas, cuántos pensadores, cuántos investigadores de la naturaleza y del hombre habrán sido abatidos, no por la mano de la fatal segadora, en la forma de morbo o longevidad, sino por el choque tremendo de las pasiones humanas desbordadas!

Voy a circunscribirme a un solo caso, porque se trata de un mancebo, en la plenitud de la vida y en el primer florecimiento de su genio. No porque sea el único llegado a mi noticia, ni siquiera el único de su lengua y de su dedicación artística. Si Rupert Brooke, inglés como Byron, poeta como Byron, cayó como él en el próximo Oriente; Thomas Mac Donagh, joven como Brooke, y también poeta señalado, ha caído en Dublín bajo las balas inglesas.

¡Pero hay elementos tan especialmente trágicos en el destino que ha cabido al insigne poeta inglés desaparecido sin gloria para sus armas en el Egeo, que me mueven a señalarlo, entre los devorados por esta guerra insensata.

La fama ha consagrado de súbito el renombre de Rupert Brooke por los cinco sonetos que, con el título sombríamente luminoso de "1914," se publicaron el año pasado y alcanzaron de seguida múltiples ediciones. Estos sonetos, en un parnaso tan rico en esa forma poética como el inglés, se colocaron desde luego al lado del celeberrimo de Blanco White *Night and Death* y el igualmente bello de Lee-Hamilton *A Flight from, Glory*. El crítico de *The Times* dijo que en ellos la nota personal se patentizaba con mayor realce, que en ningún otro sonetista inglés desde los tiempos de Sidney, el renombrado autor de *Astrophel and Stella*. Y como es sobre todo el lirismo lo que caracteriza a la moderna poesía inglesa, de los lakistas acá, el elogio resultaba en realidad extraordinario.

Que los sonetos de Brooke son personales, por los sentimientos que traducen y por la forma de que los viste, no puede negarse, y basta leerlos para encontrarse poseído el lector por la emoción que despierta siempre lo hondamente sincero, cuando se expresa de modo que hable al corazón. Pero en la hora de espanto universal en que fueron producidos, lo que demuestra desde luego su excelencia es que fueron escuchados y repetidos por un pueblo entero, que sintió revelada su alma de ese instante supremo por la voz del poeta. El poeta sintió por todos, como todos y habló para todos. Vaticinó.

Now, God be thanked Who has matched us with His hour.

Así prorrumpió el poeta, y con él toda su nación se encontró dispuesta y aparejada para esa hora suprema. El poeta miraba tranquilo, serenamente la muerte, y consagraba para siempre a la patria distante la pequeña porción de tierra extraña, donde habían de blanquear sus huesos, la fosa en que serían arrojados; y cada soldado inglés en Bélgica, en Turquía, en Egipto, en la frontera de la India distante, en las remotas regiones alemanas de Africa, confirmaba el voto.

Mucho más personales aparecen las poesías anteriores del joven escritor; porque, en esa tierra consagrada irónicamente a la originalidad, sus versos se distinguen por un sabor peculiar, que los hace inconfundibles con ningunos otros.

El exotismo, que tanto se ha celebrado en su gran contemporáneo Rudyard Kipling y que ha traído tantos lectores al francés Pierre Loti, constituye la atmósfera natural que respira Brooke, y que lo hace contemplar, entre regocijado y zumbón, el desfile mental de las más pintorescas imaginaciones. Nada hay semejante, en lo que yo conozco, al cielo que promete a la tahitiana Manua, donde la infinita variedad de las cosas que asedian nuestros sentidos terrenales se reducen a la perfecta unidad.

...there, on the Ideal Reef,
Thunders the Everlasting Sea.

Naturalmente, esta doctrina nada tiene de original, y no es en ella donde veo la singularidad del poeta; sino en la serie de ilustraciones de la doctrina, propias todas y cada una para herir la mente, diversamente conformada y poblada, de la joven isleña del Gran Océano. Y no es menos sutilmente irónica, aunque no tiene nada de original sino por la forma, la conclusión en que invita a Manua a vagar en torno de la perezosa y cálida laguna, enlazada la mano con otra mano humana, o a confiarse a las blandas caricias del agua en la ribera. *Carpe diem...*

Y sin embargo, en este espíritu, que parece tan dispuesto a revolar ligeramente sobre los afectos y hasta sobre los grandes problemas que se han llamado trascendentales, se descubre de súbito una profunda vena de melancolía, con la cual toca las fibras más sensibles de nuestra lira interna. El joven marino inglés, que data sencillamente tantos de sus versos *En el Pacífico*, se revela hermano menor, el Benjamín como si dijéramos, de aquel Jaques, que puebla con sus *saudades* la semi encantada y encantadora floresta de Arden. Nada es más capaz de descubrirnos la fragilidad etérea de nuestras más arraigadas pasiones, que el cambio incesante de panoramas y el anudar y romper reiterados de nuestras relaciones, que nos condenan al papel de huéspedes perennes. El mundo ha vuelto a ser para nosotros posada de trajinantes, pero sin mansión

definitiva a donde arribar mañana. Desde que el hombre midió la tierra y, con el auxilio de su invención y su industria, la ha encontrado tan pequeña que en pocos días la circunvala, con el cambio de lugar todo va cambiando en sus sentimientos. Las instituciones que sirvieron de descanso y abrigo al hombre sedentario no están ya aparejadas al judío errante moderno. Y sentimos como pensamos, y pensamos como sentimos.

El poeta, que ha sabido encontrar bella expresión y transparentes símbolos para estos nuevos estados del alma moderna, ha sido un gran poeta. Su muerte extemporánea denuncia, con clamor más penetrante, el horrible crimen de lesa humanidad que se perpetra en Europa.

ENRIQUE JOSE VARONA

(*Revista Contemporánea*. Cartagena, Colombia.)

Noche de verano

(DEL INGLÉS, DE LORD TENNYSON.)

Duerme el pétalo rojo, duerme el blanco.
 No se mueve el ciprés en la avenida,
 Ni en la taza de púrpura el pez de oro:
 Vela el cocuyo: vela tú ante mí.

Se abate el pavo real como un fantasma,
 E irradia su luz blanca junto a mí.

Yace la tierra, Dánae ante los astros,
 Como tu corazón yace ante mí.

Huye en silencio el meteoro, y deja
 Un surco, cual tu pensamiento en mí.

Repliega el lirio toda su ternura
 Y en el seno sumérgese del lago.—
 Plégate tú, mi amada, y te desliza
 Como un lirio en mi ser, piérdete en mí.

(Trad. de Julio Arceval.)

Soneto a su mujer, difunta

(DEL INGLÉS, DE JUAN MILTON.)

Creí ver a mi santa compañera,
Traída a mí desde su sepultura,
Como a Admeto, la pálida figura
De Alceste, el brazo de Hércules trajera.

 Mi esposa, cual mujer que parto hubiera,
Según la Antigua Ley, lavada y pura,
Y tal como en la Gloria mi alma augura
Para siempre gozar su vista entera,

 Llegó de blanco, y pura cual su mente.
Aunque su faz velada, yo veía
Ternura, amor, bondad, ornar su frente

 Como en rostro ninguno se podría.
Mas se inclinó a besarme tiernamente
Y desperté en mi noche, al nuevo día.

(Trad. de Julio Arceval.)

INDICE

- AGUAYO, A. M.: De una encuesta, p. 127
- ALTENBERG, PETER: De diecisiete a treinta, p. 257
- ARGUELLO, SANTIAGO: Ante el cadáver de Darío, p. 31
- BAEZ, CECILIO: El descubrimiento de América, p. 78
- BARBAGELATA, HUGO D.: Influencia de las ideas francesas
en la Revolución de Hispano América, p. 265
- BUNGE, CARLOS OCTAVIO: Sugerir ideales, p. 68
- CARBONE, ADELA: Los niños juegan a la guerra ... p. 195
- CARLYLE, TOMAS: Bolívar, p. 130
- CASTELLANOS, JESUS: Cultivemos nuestro jardín, p. 169
- CASTRO, ALFONSO: Conviene hermosear la escuela, p. 11
- CHAVERRA, GASPAR: El rey mudo, p. 63
- CHEKHOFF, ANTON: La dormilona, p. 19
- DE HOYOS Y VINENT, ANTONIO: El pájaro maravilloso,
p. 83
- DE LA ROSA, LEOPOLDO: Salmo de creencia, p. 53. El Se-
ñor Jesucristo, p. 253
- DE REISSET, VIZCONDE: Los amores de la Princesa de
Clermont, p. 204
- DE TEJADA, GONZALO M.: Loores a San Isidro Labrador, p.
182
- DIEZ CANEDO, ENRIQUE: La poesía castellana y Rubén Da-
río, p. 336
- DOMINICI, PEDRO CESAR: Talento y carácter, p. 1
- FERNANDEZ FERRAZ, VALERIANO: Una carta, p. 57
- GONZALEZ DIAZ, FRANCISCO: Lo sustancial, lo cualitati-
vo, p. 164
- GONZALEZ PEÑA, CARLOS: Flor de madroño, p. 365
- GRAY, TOMAS: Elegía, p. 157
- GUZMAN, ERNESTO A.: La primera lluvia, p. 39. Tu cabelle-
ra, p. 41

- HENRIQUEZ UREÑA, PEDRO: El niño, p. 92. Los valores literarios, p. 310
- HISPANO, CORNELIO: Los varones ilustres de Pablo Jovio, p. 184
- IREGUI, ANTONIO JOSE: El árbol y el hombre, p. 330
- KANTOR, M.: Sobre algunos dramas de Ibsen, p. 112
- LINARES, OSCAR: La perfecta alegría, p. 275
- LUGONES, LEOPOLDO: Del libro de los paisajes, p. 227. Un buen queso, p. 303
- MACHADO, ANTONIO: Apuntes, Parábolas, Proverbios y Cantares, p. 343
- MAEZTU, RAMIRO DE: El sueño de la Monarquía Universal, p. 73. El honor en la Edad Media, p. 329
- MILTON, JUAN, Soneto a su mujer, difunta, p. 382
- MONTANER, JOAQUIN: El viajero, p. 260
- MUÑOZ, MANUEL MARIA: Del cercado bíblico, p. 300
- NERVO, AMADO: La razón suprema, p. 44. El arquero divino, p. 98. Si una espina me hiere, p. 129
- NIETO, RICARDO: La piedad de la pluma, p. 65
- NIN FRIAS, ALBERTO: El culto de la madre, p. 286
- PEREZ DE AYALA, RAMON: La self reliance, p. 309
- RECLUS, ELISEO: La enseñanza de la geografía, p. 350
- REYES, ALFONSO: Sir Edwar Grey y la tragedia del símbolo, p. 210
- RODO, JOSE ERNIQUE: El concepto de la patria, p. 193
- RUSKIN, JHON: El plagio, p. 198
- TENNYSON, Lord ALFREDO: Noche de verano, p. 381
- TORRI, JULIO: La conquista de la luna, p. 55
- TOVAR, ROMULO: ¡Dulce Francia!, p. 141
- UHRBACH, FEDERICO: Simiente de agonías, p. 231
- UNAMUNO, MIGUEL DE: Sobre la necesidad de pensar, p. 5. Guerra y milicia, p. 212
- VALLENILLA LANZ, BALTAZAR: En el subsuelo, p. 132
- VARONA, E. JOSE: Nuevos reductos, p. 146. Como Byron, p. 375
- VASCONCELOS, JOSE: Libros que leo sentado [y libros que leo de pie], p. 93
- VELASQUEZ, SAMUEL: El punto final, p. 134
- WHITE, E. M.: Bergson y la educación, p. 215
- ZALDUMBIDE, GONZALO: La Francia y la guerra, p. 102

COLECCION ARIEL
REPERTORIO AMERICANO
PUBLICADO EN CUADERNOS QUINCENALES POR
J. GARIÁ MONGE
SAN JOSE DE COSTA RICA, C. R.

Condiciones:
La serie de 12 cuadernos (en Costa Rica): ₡ 3.00.
La serie de 12 cuadernos (en el Extranjero); \$ 2.00 oro am.
Número suelto: ₡ 0.25
768 páginas,
dos libros de escogida, variada y reconfortante literatura
POR TRES COLONES

LAS REVISTAS

MERCURIO, de Nueva Orleans. Siempre con ilustraciones magníficas y buen texto. literario Agente en esta ciudad: Antonio Font.

BIBLIOGRAFIA

La Casa Editorial PROMETEO, de Valencia, acaba de publicar las *Comedias*, de Aristófanes.

Aparte de su valor literario, las comedias de este famoso poeta griego son de un gran interés histórico, pues dan a conocer la vida de los atenienses en su intimidad y contienen una admirable parodia de los personajes de aquella época.

"Las Gracias—dijo platón—, buscando un santuario indestructible, encontraron el alma de Aristófanes."

Son admirables su verbo fecundo, su burla mordiente, acerada y las más de las veces injusta, su ingeniosa vivacidad, su fuerza cómica, unidas a la gracia más exquisita y la finura más ática. Pero esto va acompañado de unos atrevimientos de lenguaje y una audacia en la pintura de las cos-

COLECCION ARIEL

Pero bien salta a la vista que el espíritu de su filantropía () era, sin embargo, profundamente reconstructor. Al dar ese millón a la Casa del Pueblo, le animó seguramente el deseo de que la clase obrera se sirviese de él, mediante la enseñanza, para sus reivindicaciones. Con sagaz intuición observó quizá que el problema de la clase obrera en general, pero muy singularmente de la española, es la elevación de su nivel mental. Y más concretamente aún, la gran cuestión de la clase obrera española es formar un núcleo numeroso de directores competentes. La característica del partido obrero español ha sido hasta ahora, en sus funciones públicas, la honradez; ya es tiempo de que también lo sea la competencia. Un partido como éste tiene la obligación de que sus periódicos posean más sustancia ideológica y mayor poder crítico que los demás perió-*

* La del millonario español Dn. Cesareo del Cerro, que legó al morir 100000 de pesetas a la Casa del Pueblo.

COLECCION ARIEL

Pero bien salta a la vista que el espíritu de su filantropía () era, sin embargo, profundamente reconstructor. Al dar ese millón a la Casa del Pueblo, le animó seguramente el deseo de que la clase obrera se sirviese de él, mediante la enseñanza, para sus reivindicaciones. Con sagaz intuición observó quizá que el problema de la clase obrera en general, pero muy singularmente de la española, es la elevación de su nivel mental. Y más concretamente aún, la gran cuestión de la clase obrera española es formar un núcleo numeroso de directores competentes. La característica del partido obrero español ha sido hasta ahora, en sus funciones públicas, la honradez; ya es tiempo de que también lo sea la competencia. Un partido como éste tiene la obligación de que sus periódicos posean más sustancia ideológica y mayor poder crítico que los demás perió-*

* La del millonario español Dn. Cesareo del Cerro, que legó al morir 1000000 de pesetas a la Casa del Pueblo.

dicos; que sus concejales sepan de hacienda municipal más que los demás concejales; que sus representantes de todo orden conozcan las cuestiones públicas—económicas, pedagógicas, militares, etc.—mejor que los demás representantes; que sus organizadores conozcan la técnica de organizar mejor, que los hombres de los otros partidos. Pero ¿cómo conseguir esto? Los obreros tienen escaso tiempo para el estudio, y los hombres que van a ese partido ya preparados son pocos, poquísimos.

Si el Sr. Cerro hubiera conocido la escuela de estudios superiores que el partido socialista alemán sostiene en Berlín, le hubiera interesado tan magnífica institución, y acaso, dado su espíritu, hubiera aconsejado la creación de otra semejante en España. En esa escuela se enseñan nada más que cinco o seis materias fundamentales e indispensables para hombres ya adultos—todos ellos obreros—que luego serán concejales, diputados, organizadores, propagandistas, directores de cooperativas y de periódicos. Cursos breves—seis meses continuos—, pero inten-

tos. El partido sostiene a los alumnos y además, durante el curso, a las familias cuyo sostén eran. Esta escuela prepara hombres para la gobernación y dirección de la comunidad. Pero sus enseñanzas se vierten más tarde sobre la clase obrera total. Un periódico escrito por hombres bien preparados, un discurso pronunciado en el Parlamento sobre impuestos, por ejemplo, por un técnico en su materia, darán a la clase obrera un contenido pedagógico que no podrán hallar en ninguna otra parte. Una escuela así, además de ser un anticipo de la universidad ideal, de la universidad para todos, puede encerrar potencialmente más energía renovadora que muchos años de lucha habitual.

LUIS ARAQUISTAIN

sos. El partido sostiene a los alumnos y además, durante el curso, a las familias cuyo sostén eran. Esta escuela prepara hombres para la gobernación y dirección de la comunidad. Pero sus enseñanzas se vierten más tarde sobre la clase obrera total. Un periódico escrito por hombres bien preparados, un discurso pronunciado en el Parlamento sobre impuestos, por ejemplo, por un técnico en su materia, darán a la clase obrera un contenido pedagógico que no podrán hallar en ninguna otra parte. Una escuela así, además de ser un anticipo de la universidad ideal, de la universidad para todos, puede encerrar potencialmente más energía renovadora que muchos años de lucha habitual.

LUIS ARAQUISTAIN

El honor en la Edad Media

DON Américo Castro ha publicado recientemente en la "Revista de Filología española" un estudio sobre el "Concepto del Honor" en nuestra literatura de los siglos XVI y XVII. Sabido es que el honor desempeñaba una función principalísima en nuestro teatro clásico. Perder la honra equivalía a perder la vida. Así era la sociedad española de aquellos siglos. Y así hablaban y obraban los personajes de Lope de Vega y Calderón.

Ya no pensamos así los españoles. Los mejores creen que la virtud, el obrar bien, vale más que el honor, definido como la opinión favorable que los demás tengan de nosotros. Y los peores españoles piensan que la vida y la riqueza son bienes muy superiores al de la honra y al de la virtud.

¿Por qué no pensaban así los españoles de los siglos XVI y XVII? ¿Por qué creían que la vida sin el honor carece de sentido y lo primero que se les ocurría, al sentirse infamados, era la idea de matar a alguien o

de morirse de melancolía? He aquí el tema que Don Américo Castro se plantea en este estudio que juzga "inactual".

¿Inactual? Yo no sé de estudio alguno que penetre más hondo en el problema de la guerra europea. Claro está que el Sr. Castro no ha pensado para nada en la guerra al consultar los centenares de libros en que ha documentado su trabajo. Pero ya verán ustedes.

Las raíces del concepto del honor en los siglos XVI y XVII hay que buscarlas en la Edad Media. Al investigar la Edad Media el Sr. Castro encuentra en las Partidas que Alfonso el Sabio llama hombres honrados a los de buena posición. El primer motivo de honra era en nuestro siglo XIII la posición, "y así, el máximum de honra se debe al rey", el segundo la realización de notorias proezas y en último término la virtud del hombre. Por otra parte se llamaba "honor" al donativo (casa, tierra, rentas o usufructos de algún realengo) hecho por el rey a un vasallo.

Solo que aún no hemos llegado al punto esencial. Lo esencial del honor en la Edad Media consistía en ser el signo externo de la posición social de cada hombre. Los honores del rey eran la corona real y

de morir de melancolía? He aquí el tema que Don Américo Castro se plantea en este estudio que juzga "inactual".

¿Inactual? Yo no sé de estudio alguno que penetre más hondo en el problema de la guerra europea. Claro está que el Sr. Castro no ha pensado para nada en la guerra al consultar los centenares de libros en que ha documentado su trabajo. Pero ya verán ustedes.

Las raíces del concepto del honor en los siglos XVI y XVII hay que buscarlas en la Edad Media. Al investigar la Edad Media el Sr. Castro encuentra en las Partidas que Alfonso el Sabio llama hombres honrados a los de buena posición. El primer motivo de honra era en nuestro siglo XIII la posición, "y así, el máximun de honra se debe al rey", el segundo la realización de notorias proezas y en último término la virtud del hombre. Por otra parte se llamaba "honor" al donativo (casa, tierra, rentas o usufructos de algún realengo) hecho por el rey a un vasallo.

Solo que aún no hemos llegado al punto esencial. Lo esencial del honor en la Edad Media consistía en ser el signo externo de la posición social de cada hombre. Los honores del rey eran la corona real y

el cetro: como el honor del alcalde era la vara o las llaves de la ciudad. El honor mío, si mi oficio se hubiese conocido en la Edad Media, habría consistido, por ejemplo, en el permiso para lucir en las procesiones un bonete adornado con una pluma de gallina y para andar detrás de los arqueros pero delante del usurero mayor de la ciudad.

En la Edad Media no existían derechos subjetivos, tales como el derecho de propiedad, al modo que los ha creado la revolución francesa. El artículo 17 de la Declaración de los Derechos del Hombre dice: "Como la propiedad es un derecho inviolable y sagrado, nadie puede ser privado de él, como no sea cuando la necesidad pública, legalmente constatada, lo exija evidentemente, y bajo la condición de una indemnización justa y previa".

Este concepto del derecho a la propiedad es el que rige en todas las sociedades modernas, lo mismo en Alemania que en Francia, en los Estados Unidos que en España, y por cierto con gran satisfacción de las clases conservadoras de todas las naciones.

En la Edad Media, no se conocían los derechos subjetivos, invención moderna,

como la idea de la personalidad. Ninguna posición social se fundaba entonces en un derecho subjetivo. El rey mismo podía ser depuesto, y era depuesto frecuentemente, como no desempeñase a satisfacción general su función específica de hacer justicia en la distribución de los honores, que eran, a la vez, las posiciones sociales. En cuanto a los disfrutantes de estas posiciones, nunca se hallaban tan seguros de ellas como lo están ahora. Lo que el rey daba, el rey quitaba.

En las sociedades modernas el honor se ha utilizado tanto que ha perdido toda base material. Lo importante, desde el punto de vista material, es ser rico, porque la mala fama no nos puede quitar la riqueza. Una vez ricos somos ya independientes de lo que los demás piensen o digan de nosotros. De ahí que la riqueza sea el supremo bien para los más de los hombres modernos.

Este deseo de poseer riqueza—sancionado por el concepto subjetivo del derecho—es lo que ha hecho colonizarse el mundo. Los hombres se han lanzado en estos siglos a las Indias de Oriente y de Occidente, con el propósito de enriquecerse, para no necesitar luego ajustar la vi-

como la idea de la personalidad. Ninguna posición social se fundaba entonces en un derecho subjetivo. El rey mismo podía ser depuesto, y era depuesto frecuentemente, como no desempeñase a satisfacción general su función específica de hacer justicia en la distribución de los honores, que eran, a la vez, las posiciones sociales. En cuanto a los disfrutantes de estas posiciones, nunca se hallaban tan seguros de ellas como lo están ahora. Lo que el rey daba, el rey quitaba.

En las sociedades modernas el honor se ha sutilizado tanto que ha perdido toda base material. Lo importante, desde el punto de vista material, es ser rico, porque la mala fama no nos puede quitar la riqueza. Una vez ricos somos ya independientes de lo que los demás piensen o digan de nosotros. De ahí que la riqueza sea el supremo bien para los más de los hombres modernos.

Este deseo de poseer riqueza—sancionado por el concepto subjetivo del derecho—es lo que ha hecho colonizarse el mundo. Los hombres se han lanzado en estos siglos a las Indias de Oriente y de Occidente, con el propósito de enriquecerse, para no necesitar luego ajustar la vi-

sa a lo que piensen de ellos los demás.

Así se ha colonizado el mundo, pero cuando estaba ya colonizado, surge Alemania y dice:

“No por haber venido tarde me voy a quedar sin la parte del mundo a que aspiro. Vosotros os habeis apoderado del planeta en virtud del derecho subjetivo del primer ocupante. Yo opongo a vuestro derecho subjetivo el de creerme con más fuerza que vosotros”

He aquí un conflicto de derechos subjetivos contra derechos subjetivos. Y este conflicto no puede ser solucionado de un modo jurídico. Ni tampoco podrán solucionarse jurídicamente los conflictos que sigan a esta guerra hasta que los hombres no caigan en la cuenta de que los derechos subjetivos son absurdos y de que, en realidad, nadie tiene derecho más que a cumplir su deber, es decir, a desempeñar la función que le corresponda.

Pero si la sociedad es justa encomendará a cada ciudadano y a cada pueblo, la función para que se halle mejor capacitado. Esta apreciación que los demás hacen de la capacidad de cada hombre o de cada pueblo es realmente su honor.

No hay solución jurídica a los conflictos creados por los derechos subjetivos a la propiedad y a la soberanía como no sea restaurando en su valor medioeval el estímulo del honor, como fundamento de las sociedades, y acabando de raíz con todos los derechos subjetivos, tanto de los individuos como de los Estados.

De lo cual se deduce que la Edad Media hacía muy bien al dar tanta importancia al honor. Es que sin honor no había entonces ni posición ni pan.

RAMIRO DE MAEZTU

No hay solución jurídica a los conflictos creados por los derechos subjetivos a la propiedad y a la soberanía como no sea restaurando en su valor medioeval el estímulo del honor, como fundamento de las sociedades, y acabando de raíz con todos los derechos subjetivos, tanto de los individuos como de los Estados.

De lo cual se deduce que la Edad Media hacía muy bien al dar tanta importancia al honor. Es que sin honor no había entonces ni posición ni pan.

RAMIRO DE MAEZTU

El árbol y el hombre

Entre las leyes más admirables que la naturaleza nos muestra como rectoras de la vida, ninguna tan sabia ni tan profunda como esta de la correlación universal, que liga el sér al sér, el árbol al hombre, el agua a la vida, la mente a la estrella, la luz a la hoja y a la flor, a la pupila y a la imágen.

¡Qué misteriosa gravitación del lampo que humaniza el sol, fijando la luz y el calor en el árbol, para sazonarlo en el fruto que luego ha de bullir en la arteria purpúrea y destellar de nuevo en la célula y el neurona! ¡El sol es el que prepara y adereza la vida del vegetal nutricio, encarnándose en la flor y en el fruto maduro; él es quien fija el carbono en la hoja, separándolo del oxígeno, que adereza así para el pulmón!

¡Qué profunda correlación entre el insecto y la flor que fecunda con el mensaje de amor que de otras flores trae en sus alas, y esa del aire, mensajero de amores en los cálices, donde deposita los gérmenes de vida! Cuando el miasma devora la vida, viene el ciclón que lo sepulta en zonas que lo encadenen. Cuando el insecto devora al animal, viene el ave que lo salva. ¡Cuando la sequedad despuebla la llanura, viene el

árbol, que llama el nido, condensa el agua pluviosa y hace brotar el manantial.

El árbol es el amigo del hombre y paraninfo de su hogar. El árbol-pan, el árbol-agua, el árbol-sombra, el árbol-lumbre, el árbol-paz. El es el que morigera el invierno y templó el verano, apacigua las tempestades y amansa los huracanes y aquilones, guarda la humedad ambiente y llama a las nubes pluviosas, hace fluir los manantiales y congrega a su sombra las cunas y los nidos. El es el que da capa vegetal al suelo húmico, regularidad al meteoro, a la cabaña abrigo, al cuerpo salud, a la ciudad pulmón, al niño frondas y al poblado horuelos. El árbol del pan, el artocarpó, da al labriego el pan de cada día sin trigo ni maíz, y el de la lluvia da a la región que la sed devora, sombra, humedad y manantial aéreo.

¡Imagen fiel de los hombres, los árboles entrelazan sus raíces en el subsuelo profundo, como el hombre en los más hondos estratos de la raza y de la historia, para vivir y crecer, elevando unos y otros sus cabezas hacia los cielos estrellados, bajo la santa comunión de la paz, sin que falte nunca luz bastante para nutrir las frondas y las mentes, ni savia bastante en el seno de la madre tierra para nutrir ramas y esperanzas!

Obrero de vida, el vegetal distribuye en cada estación la mies y el textil, la fibra y el tinte,

árbol, que llama el nido, condensa el agua pluviosa y hace brotar el manantial.

El árbol es el amigo del hombre y parainfo de su hogar. El árbol-pan, el árbol-agua, el árbol-sombra, el árbol-lumbre, el árbol-paz. El es el que morigera el invierno y templea el verano, apacigua las tempestades y amansa los huracanes y aquilones, guarda la humedad ambiente y llama a las nubes pluviosas, hace fluir los manantiales y congrega a su sombra las cunas y los nidos. El es el que da capa vegetal al suelo húmico, regularidad al meteoro, a la cabaña abrigo, al cuerpo salud, a la ciudad pulmón, al niño frondas y al poblado horuelos. El árbol del pan, el artocarp, da al labriego el pan de cada día sin trigo ni maíz, y el de la lluvia da a la región que la sed devora, sombra, humedad y manantial aéreo.

¡ Imagen fiel de los hombres, los árboles entrelazan sus raíces en el subsuelo profundo, como el hombre en los más hondos estratos de la raza y de la historia, para vivir y crecer, elevando unos y otros sus cabezas hacia los cielos estrellados, bajo la santa comunión de la paz, sin que falte nunca luz bastante para nutrir las frondas y las mentes, ni savia bastante en el seno de la madre tierra para nutrir ramas y esperanzas!

Obrero de vida, el vegetal distribuye en cada estación la mies y el textil, la fibra y el tinte,

el combustible y el sustento, transformando el hidrocarburo en jugo nutricional. Ampara a la agricultura contra la sequedad y la inundación, contra el hielo y el vendaval. A la industria da su fibra, al riel su apoyo, al palacio su columna, al navío su armadura, sostén al alambre, al libro su hoja, al laúd su armonía.

Mulle el pensador la cuna del hombre en el bosque nativo, donde colgó el nido primitivo de sus hijos, y de cuyas ramas formó la masa y la flecha, el cayado y el báculo. Su fe pristina simbolizó en el árbol el bien y el mal, hizo de él con qué domar las ondas procelosas del mar y con qué penetrar en el misterio del más allá: el féretro. Bajo la paz de las encinas nemorosas ofició la fe druídica y también la justicia franca. La leyenda tomó de él con qué encender las ascuas proféticas de Isaías, y de sus simientes hizo el maestro de los maestros la sublime parábola del sembrador, y puso en el labio ungido de Asís este himno: "¡Hermano!"

El árbol, el agua y el aire, trinidad de vida, que el dios Pan encarna en el hombre en el más eufórico de los sentimientos humanos: el sentimiento de la naturaleza; de donde fluyen las creencias, que al través de las edades apaciguan las ansiedades humanas y calman las tempestades del dolor. La dendrolatría cuelga del árbol sus mitos y la poesía sus ritmos, como el ave sus

cantares. El arbolado es el que guarece la paz de los prados, almacena el sol para devolverlo en el carbón terciario, hecho luz y calor al sople evocador de la ciencia y el arte.

Un árbol es una idea, que crece; una idea es un árbol, que da verdad por fruto. Las ideas andan por los arbolados, como las auras por las frondas. Higiene de las urbes, discurre la vida por el jardín y el parque; belleza da a las calles y avenidas; esparcimiento, granero, techo, hercúleos del pensamiento escrito. Es el exponente de la cultura moderna, adorno de las ciudades. Emblema de la patria, el árbol acompaña al trabajo, sombrea las cunas, disciplina el vigor del niño y dota de viático de vida al hijo. Sembrad árboles al pie de cada cuna, dice el sabio. Cuando es tiempo de enviar al hijo en busca del pan espiritual a la escuela, os dará sus primeros frutos para alimentarlo; cuando sea tiempo de nutrir su espíritu con las verdades de la ciencia, ya os dará su cosecha de madera y combustible, y cuando vaya a aprender a vivir de sí mismo por medio de una profesión, os habrá colmado muchas veces con sus frutos.

Regulador de la vida, el árbol rige la lluvia, el viento, el calor y el aire; enfrena el torrente y la inundación y acrece el manantial: la fuerza que quita al huracán la distribuye en las brisas y las auras refrescantes; quita al coruscante

cantares. El arbolado es el que guarece la paz de los prados, almacena el sol para devolverlo en el carbón terciario, hecho luz y calor al sople evocador de la ciencia y el arte.

Un árbol es una idea, que crece; una idea es un árbol, que da verdad por fruto. Las ideas andan por los arbolados, como las auras por las frondas. Higiene de las urbes, discurre la vida por el jardín y el parque; belleza da a las calles y avenidas; esparcimiento, granero, techo, heraldos del pensamiento escrito. Es el exponente de la cultura moderna, adorno de las ciudades. Emblema de la patria, el árbol acompaña al trabajo, sombrea las cunas, disciplina el vigor del niño y dota de viático de vida al hijo. Sembrad árboles al pie de cada cuna, dice el sabio. Cuando es tiempo de enviar al hijo en busca del pan espiritual a la escuela, os dará sus primeros frutos para alimentarlo; cuando sea tiempo de nutrir su espíritu con las verdades de la ciencia, ya os dará su cosecha de madera y combustible, y cuando vaya a aprender a vivir de sí mismo por medio de una profesión, os habrá colmado muchas veces con sus frutos.

Regulador de la vida, el árbol rige la lluvia, el viento, el calor y el aire; enfrena el torrente y la inundación y acrece el manantial; la fuerza que quita al huracán la distribuye en las brisas y las auras refrescantes; quita al coruscante

meteoro su energía destructora, protege el plantío contra el frío, el hielo, el granizo y el polvo. Vivo, es el árbitro de la vida, guión orgánico entre el mineral y el fluido, gas, aire o líquido; entre el blastema y la sangre, entre la luz y el pensamiento, cuyo órgano nutre con sus jugos. Muerto, abona con sus despojos el suelo que le dio la vida. Primero fue abrigo, hogar y foco; luego se hace emporio, mensajero de la idea en el periódico y el libro. "Muriendo, el árbol ha adquirido una vida superior: de tosca materia, casi se ha convertido en espíritu".

Defensor de la vida, el árbol es el soldado que vence la muerte, al miasma febril, con el elixir de su corteza trófica; al desierto inhospitalario, con el oasis umbroso; al granizo y la helada, con sus paramentos de frondas; al fuego abrasador, con la frescura de su follaje; a la inundación, la marisma y la torrentera, con sus hercúleos troncos. Zapador del progreso, el árbol avanza en silenciosa marcha, por las estepas y las faldas de las montañas, trepa a las rocas alpinas, escala la cima de los Andes y del Himalaya, y clava, cerca del azur, su cimera alada, donde anidan el ensueño del azul y el verdegay de la esperanza.

La conquista y el dominio del trópico la hará en primer lugar el árbol prolífico, precursor del poblado, heraldo de la agricultura. Despen-

sa que deambula al través del valle y del collado; camino que anda cargado de pan y vino, leche y miel, lumbre y combustible; frutos mil. ¡Hablad de libertad al pueblo, donde el terreno desnudo de árboles sólo muestra la esterilidad del eriazó como una maldición! ¡Hablad de fe al pueblo, cercado por el desierto, donde sólo se arrastra por sobre la pátina musgosa, el liquen del fetiquismo y el espejismo doliente del hombre, que sueña paraísos! Hablad de ideales a los que mueren de soledad y de laceria, sucio el cuerpo, sucia el alma, ayunos del árbol y del agua que le sirve de guía. ¿Podrá nacer allí la noción del soberano, la planta democrática, la concepción del derecho y de la justicia, donde el yermo devasta el suelo inhospitalario, bajo el cielo inmisericorde? El gobierno será para él el peor castigo, la religión flagelo y la ley cadenas.

El arbolado nos brinda esa copa de azul, que amor escancia. Un vagaroso ensueño circula por entre el follaje, penumbra del misterio que habita en las frondas. La serenidad y la alegría extraen del árbol los goces de la vida, como éstos la savia de la tierra; las despliegan al viento en la cabellera de hojas y de flores, que en callado ahinco elevan en pos de más luz en el regazo etéreo del tiempo.

ANTONIO JOSE IREGUI

(Cromos. Bogotá.)

sa que deambula al través del valle y del collado; camino que anda cargado de pan y vino, leche y miel, lumbre y combustible; frutos mil. ¡ Hablad de libertad al pueblo, donde el terreno desnudo de árboles sólo muestra la esterilidad del eriazo como una maldición! ¡ Hablad de fe al pueblo, cercado por el desierto, donde sólo se arrastra por sobre la pátina musgosa, el liquen del fetiquismo y el espejismo doliente del hombre, que sueña paraísos! Hablad de ideales a los que mueren de soledad y de laceria, sucio el cuerpo, sucia el alma, ayunos del árbol y del agua que le sirve de guía. ¿ Podrá nacer allí la noción del soberano, la planta democrática, la concepción del derecho y de la justicia, donde el yermo devasta el suelo inhospitalario, bajo el cielo inmisericorde? El gobierno será para él el peor castigo, la religión flagelo y la ley cadenas.

El arbolado nos brinda esa copa de azul, que amor escancia. Un vagaroso ensueño circula por entre el follaje, penumbra del misterio que habita en las frondas. La serenidad y la alegría extraen del árbol los goces de la vida, como éstos la savia de la tierra; las despliegan al viento en la cabellera de hojas y de flores, que en callado ahinco elevan en pos de más luz en el regazo etéreo del tiempo.

ANTONIO JOSE IREGUI

(Cromos. Bogotá.)

La poesía castellana y Rubén Darío

UN juicioso crítico de la América española, quien se debe quizá el más cumplido estudio que de Rubén Darío se ha hecho, escribió en él las palabras que siguen: "Rubén Darío, acaso pertenece hoy, más que a la América, a España". Esta opinión de Pedro Henríquez Ureña no es más que el complemento, a muchos años de distancia, de la tan conocida de José Enrique Rodó: "Indudablemente, Rubén Darío no es el poeta de América". El joven maestro dominicano y el reconocido maestro oriental convienen, pues, por exclusión, en una característica del poeta muy digna de ser tenida en cuenta: en su no-americanismo. No hay que tomar, con todo, en un sentido de rigurosa literalidad tales pareceres por autorizados que sean. En el de Pedro Henríquez, hay ya una palabra que atenúa.

Para las nuevas generaciones literarias españolas Rubén Darío no es tampoco un americano. Un Andrés Bello, un José Joaquín de Olmedo, un José María Heredia, un Olegario Víctor Andrade, con estar dentro de la tradición quintanesca y mostrarse, en la forma, muy próximos a nosotros, están, espiritual-

mente, más lejos, no solo por la materia del canto, americana en ellos, sino por algo más fuerte: por el transcurso del tiempo, como lo están nuestros mismos Quintanas y Gallegos, Arriazas y Listas. Nuestros verdaderos compatriotas no son los que han nacido en nuestro suelo sino los que viven en nuestros mismos días. Los grandes cantores que abren en España y en América, el siglo XIX, tienen otras preocupaciones, se sustentan de otras ideas, brotan de escuela muy distinta. Rubén Darío se levanta en el centro de nuestra sensibilidad y tiene la virtud de orientarla por caminos nuevos. No es el momento de hablar de una literatura española y de una literatura hispano-americana (mucho menos de tantas literaturas como estados). El idioma es lo que da independencia a una literatura y sólo en modalidades exteriores se diferenciarán las literaturas de América de las de sus viejas metrópolis, mientras no posean un medio de expresión substancialmente distinto. Pero ¿cuántos cientos de años se necesitarán para la formación de las lenguas neo-españolas?

Sólo para los muy apegados a la tradición, a la inmovilidad de las formas lingüísticas, puede aparecer Rubén Darío como un iconoclasta. Negar que en nuestro país se le ha discutido, sería vano; pero más vano sería tal vez afirmar que los que le discutían conocieron de su obra más que las ocho o diez poe-

mente, más lejos, no solo por la materia del canto, americana en ellos, sino por algo más fuerte: por el transcurso del tiempo, como lo están nuestros mismos Quintanas y Gallegos, Arriazas y Listas. Nuestros verdaderos compatriotas no son los que han nacido en nuestro suelo sino los que viven en nuestros mismos días. Los grandes cantores que abren en España y en América, el siglo XIX, tienen otras preocupaciones, se sustentan de otras ideas, brotan de escuela muy distinta. Rubén Darío se levanta en el centro de nuestra sensibilidad y tiene la virtud de orientarla por caminos nuevos. No es el momento de hablar de una literatura española y de una literatura hispano-americana (mucho menos de tantas literaturas como estados). El idioma es lo que da independencia a una literatura y sólo en modalidades exteriores se diferenciarán las literaturas de América de las de sus viejas metrópolis, mientras no posean un medio de expresión substancialmente distinto. Pero ¿cuántos cientos de años se necesitarán para la formación de las lenguas neo-españolas?

Sólo para los muy apegados a la tradición, a la inmovilidad de las formas lingüísticas, puede aparecer Rubén Darío como un iconoclasta. Negar que en nuestro país se le ha discutido, sería vano; pero más vano sería tal vez afirmar que los que le discutían conocieron de su obra más que las ocho o diez poe-

sías repetidas en todas partes, cien veces parodiadas y más de una vez no entendidas. Hay que insistir en afirmar lo castizo de sus versos, siguiendo a Valera que decía, de los de *Azul...*: "Los versos de Usted se parecen a los versos españoles de otros autores, y no por eso dejan de ser originales: no recuerdan a ningún poeta español, ni antiguo, ni de nuestros días". Desde que esto se escribió (1889) el verso de Darío cambió bastante: pero véanse, en cuanto a la forma, el *Friso*, el soneto *A maestro Gonzalo de Berceo*, para no citar más, en *Prosas profanas*; el *Trébol* de *Cantos de vida y esperanza*; los tercetos de la *Visión* en *El canto errante*, y tendremos, en todas las grandes etapas de la poesía de Rubén Darío, fuertes ejemplos de versificación clásica suficientes para mostrar a quien lo dude que, si eligió otros caminos, no fué por más llanos, sino por más adecuados para su sentido poético. Aun a los mismos versos que se tiene por revolucionarios, no sería difícil hallarles abolengo. Quedan sus "versos libres" a la manera francesa, explicables también por nuestra silva, su tentativa de métrica bárbara, discutida por quien más elementos de comprensión debiera tener, por el vulgo literario, y de gran efecto en la lectura en voz alta y sus ricas e innumerables combinaciones rítmicas y agrupaciones estróficas. Todo esto trajo Rubén Darío a la poesía española, en lo exterior y embarcada en tan opu-

lenta nave toda la riqueza de un alma en que se funde la refinada sensibilidad de las viejas razas con un ímpetu juvenil, primitivo, que denuncia otra sangre.

El contacto con la poesía francesa determinó en el genio de Rubén Darío la corriente que hubo de llevarle a plena sazón. Un libro suyo, *Los Raros*, habla con elocuencia en este punto. Los *descubrimientos*, las admiraciones de Darío, apuntan allí; pero fuera pueril reconocer un maestro suyo en cada uno de los escritores que estudia. No debe tanto como se ha dicho a Verlaine y nada a Mallarmé. Mucho, en cambio, a Banville, a Gautier, al mismo Catulle Mendés; no poco a Moréas, a Tailhade, aun a poetas oscuros como Paul Guïgou, en quien se hallaría el movimiento inicial de algunas muy notorias composiciones—que, por otra parte, son en Darío totalmente diversas y a veces superiores a sus dechados. En resumen, sus maestros franceses, más hay que buscarlos entre los *parnasianos* que entre los *simbolistas*; como parnasiano le define Rodó cuando escribe: "Los que, ante todo, buscáis en la palabra de los versos la realidad del mito del pelícano, la ingenuidad de la confesión, el abandono generoso y veraz de un alma que se os entrega toda entera, renunciad por ahora a cosechar estrofas que sangren como arrancadas a entrañas palpitantes". Esto lo dice a propósito de *Prosas profanas*; pero lo dice mejor aun el poeta en la

lenta nave toda la riqueza de un alma en que se funde la refinada sensibilidad de las viejas razas con un ímpetu juvenil, primitivo, que denuncia otra sangre.

El contacto con la poesía francesa determinó en el genio de Rubén Darío la corriente que hubo de llevarle a plena sazón. Un libro suyo, *Los Raros*, habla con elocuencia en este punto. Los descubrimientos, las admiraciones de Darío, apuntan allí; pero fuera pueril reconocer un maestro suyo en cada uno de los escritores que estudia. No debe tanto como se ha dicho a Verlaine y nada a Mallarmé. Mucho, en cambio, a Banville, a Gautier, al mismo Catulle Mendés; no poco a Moréas, a Tailhade, aun a poetas oscuros como Paul Guigou, en quien se hallaría el movimiento inicial de algunas muy notorias composiciones—que, por otra parte, son en Darío totalmente diversas y a veces superiores a sus dechados. En resumen, sus maestros franceses, más hay que buscarlos entre los *parnasianos* que entre los *simbolistas*; como parnasiano le define Rodó cuando escribe: “Los que, ante todo, buscáis en la palabra de los versos la realidad del mito del pelicano, la ingenuidad de la confesión, el abandono generoso y veraz de un alma que se os entrega toda entera, renunciad por ahora a cosechar estrofas que sangren como arrancadas a entrañas palpitantes”. Esto lo dice a propósito de *Prosas profanas*; pero lo dice mejor aun el poeta en la

primera composición de los *Cantos de vida y esperanza*, que en estas páginas se reproduce. En ese libro, su personalidad aparece ya libre y definida; pero aun, como en los posteriores, su acento se moldea en amplios vasos que le tienden ya Gabriel D'Annunzio, ya Walt Whitman. Todo esto lo trae también a la poesía española.

Cuando llega Darío a España, en 1892, la poesía languidece, Zorrilla va a morir; callan Núñez de Arce y Campoamor. Apenas preludian Manuel Reina y Ricardo Gil. Sólo se oye a los Velarde, a los Ferrari, a los Cavestany —si es que se les oye. Y sobre todos, se alza la voz nueva y robusta de Salvador Rueda. Darío es su amigo. Escribe el *Pórtico* para su colección titulada *En tropel* (1893). Ha dado ya a diversas revistas composiciones posteriores a *Azul...*, entre ellas la *Sinfonía en gris mayor* (España y América, Madrid, 25 Septiembre 1892). Pero cuando se le conoce verdaderamente es a raíz de *Prosas profanas*; algún raro ejemplar de la primera edición corre de mano en mano. Jacinto Benavente en *Madrid Cómic* y en *La Vida Literaria*, Luis Ruiz Contreras en la *Revista Nueva*, reproducen poesías, publican originales inéditos. Un grupo de poetas jóvenes se forma en torno suyo. Surgen los nombres de Francisco Villaespesa, Juan Ramón Jiménez, Manuel y Antonio Machado, entre otros menores. La nueva poesía castellana empieza.

¿Qué debe a Rubén Darío la nueva poesía castellana? Para los que se figuran que todo en ella son "princesas pálidas" la respuesta es fácil. Quizá no sea muy difícil tampoco, y la mejor que se puede dar es la que una escritora francesa, Rachilde, dió a los que le preguntaban qué papel había desempeñado Verlaine en la poesía de su tiempo: "Abrió las ventanas". Rubén Darío abrió también las ventanas a los poetas españoles. Les dió a conocer los poetas extranjeros que él amaba; leyó con ellos los poetas primitivos españoles; les libertó de la rigidez de una versificación atada por inflexibles reglas; les dió la preocupación de la forma, transformando el período oratorio, que hace impresión cuando se redondea, en la expresión cortada, rica en sugerencias, valiosa por sí misma: algo de exotismo; algo de arcaísmo; algo de preciosismo. Y, con todo, eso les trajo el don de una exquisita sensibilidad para lo nuevo. No se ha hablado aún, gracias a Dios, entre nosotros, del "sucesor de Rubén Darío". Ningún poeta tuvo sucesores jamás. Interrumpido queda el canto que el poeta no pudo acabar, y los oídos se vuelven no al que intenta continuarlo sino al que canta con más dulce o más viva expresión un canto nuevo. Si en los principales poetas españoles de hoy se encuentra algo que a Rubén Darío se debe, predilección por los metros que él empleara, por cierta manera de elocución, por cierto vocabulario, en to-

¿Qué debe a Rubén Darío la nueva poesía castellana? Para los que se figuran que todo en ella son "princesas pálidas" la respuesta es fácil. Quizá no sea muy difícil tampoco, y la mejor que se puede dar es la que una escritora francesa, Rachilde, dió a los que le preguntaban qué papel había desempeñado Verlaine en la poesía de su tiempo: "Abrió las ventanas". Rubén Darío abrió también las ventanas a los poetas españoles. Les dió a conocer los poetas extranjeros que él amaba; leyó con ellos los poetas primitivos españoles; les libertó de la rigidez de una versificación atada por inflexibles reglas; les dió la preocupación de la forma, transformando el período oratorio, que hace impresión cuando se redondea, en la expresión cortada, rica en sugerencias, valiosa por sí misma: algo de exotismo; algo de arcaísmo; algo de preciosismo. Y, con todo, eso les trajo el don de una exquisita sensibilidad para lo nuevo. No se ha hablado aún, gracias a Dios, entre nosotros, del "sucesor de Rubén Darío". Ningún poeta tuvo sucesores jamás. Interrumpido queda el canto que el poeta no pudo acabar, y los oídos se vuelven no al que intenta continuarlo sino al que canta con más dulce o más viva expresión un canto nuevo. Si en los principales poetas españoles de hoy se encuentra algo que a Rubén Darío se debe, predilección por los metros que él empleara, por cierta manera de elocución, por cierto vocabulario, en to-

dos ellos hay personalidad bastante para ser algo más que discípulos del maestro. Con oídos nuevos han escuchado la música del mundo, con ojos nuevos han contemplado la naturaleza, con nueva sensibilidad han seguido el movimiento de su espíritu; con nueva voz han cantado. Pero el maestro los puso en libertad y los soltó en el aire, para que en él se fuesen, como las bandadas de que hablan las *Floreillas*, unos a oriente y otros a occidente, unos al norte y otros al mediodía.

No en todos los poetas españoles de hoy influyó Darío: Ahí están Unamuno, Eduardo Marquina, Enrique de Mesa. Pero, esto no obstante, algo ha cambiado en la poesía española desde que Rubén Darío apareció y por su nombre ha de empezar el capítulo de nuestra historia literaria en que se estudie la poesía de los comienzos del siglo XX.

E. DIEZ-CANEDO.

(España. Madrid.)

Apuntes, Parábolas, Proverbios y Cantares

*Ya en los campos de Jaén,
 amanece. Corre el tren
 por sus brillantes rieles,
 devorando matorrales,
 alcaceles,
 terraplenes, pedregales,
 olivares, caseríos,
 praderas y cardizales,
 montes y valles sombríos.
 Tras la turbia ventanilla
 pasa la devanadera
 del campo de primavera.
 La luz en el techo brilla
 de mi vagón de tercera,
 entre nubarrones blancos,
 oro y grana.
 La niebla de la mañana
 huyendo por los barrancos.
 ¡Este insomne sueño mío!
 ¡Este frío
 de un amanecer en vela!
 Resonante,*

Apuntes, Parábolas, Proverbios y Cantares

Ya en los campos de Jaén,
amanece. Corre el tren
por sus brillantes rieles,
devorando matorrales,
alcaceles,
terraplenes, pedregales,
olivares, caseríos,
praderas y cardizales,
montes y valles sombríos.
Tras la turbia ventanilla
pasa la devanadera
del campo de primavera.
La luz en el techo brilla
de mi vagón de tercera,
entre nubarrones blancos,
oro y grana.
La niebla de la mañana
huyendo por los barrancos.
¡Este insomne sueño mío!
¡Este frío
de un amanecer en vela!
Resonante,

jadeante,
 marcha el tren. El campo vuela.
 Enfrente de mí, un señor
 sobre su manta dormido;
 un fraile y un cazador,
 —el perro a sus pies tendido.
 Yo contemplo mi equipaje,
 mi viejo saco de cuero;
 y recuerdo otro viaje
 hacia las tierras del Duero.
 Otro viaje de ayer
 por la tierra castellana
 ¡pinos del amanecer,
 entre Almazán y Quintana!
 ¡Y alegría
 de un viajar en compañía!
 Y la unión
 que ha roto la muerte un día!
 ¡Mano fría
 que aprietas mi corazón!
 Tren, camina, silba, humea,
 acarrea
 tu ejército de vagones,
 ajetrea
 maletas y corazones.
 Soledad,
 sequedad.
 Tan pobre me estoy quedando
 que ya ni siquiera estoy

conmigo, ni sé si voy
 conmigo a solas viajando.

Si hablo, suena
 mi propia voz como un eco,
 y está mi canto tan hueco
 que ya ni espanta mi pena.

Erase de un marinero
 que hizo un jardín junto al mar,
 y se metió a jardinero.
 Estaba el jardín en flor,
 y el jardinero se fue
 por esos mares de Dios.

Era un niño que soñaba
 un caballo de cartón.
 Abrió los ojos el niño
 y el caballito no vio.
 Con un caballito blanco
 el niño volvió a soñar;
 y por la crin lo cogía
 "¡Ahora no te escapards!"
 Apenas lo hubo cogido
 el niño se despertó.
 Tenta el puño cerrado.
 El caballito voló.
 Quedóse el niño muy serio
 pensando que no es verdad

conmigo, ni sé si voy
conmigo a solas viajando.

Si hablo, suena
mi propia voz como un eco,
y está mi canto tan hueco
que ya ni espanta mi pena.

Erase de un marinero
que hizo un jardín junto al mar,
y se metió a jardinero.
Estaba el jardín en flor,
y el jardinero se fué
por esos mares de Dios.

Era un niño que soñaba
un caballo de cartón.
Abrió los ojos el niño
y el caballito no vió.
Con un caballito blanco
el niño volvió a soñar;
y por la crin lo cogía....
"¡Ahora no te escaparás!"
Apenas lo hubo cogido
el niño se despertó.
Tenía el puño cerrado.
El caballito voló.
Quedóse el niño muy serio
pensando que no es verdad

un caballito soñado.
 Y ya no volvió a soñar.
 Pero el niño se hizo mozo
 y el mozo tuvo un amor,
 y a su amada le decía:
 "¿Tú eres de verdad o no?"
 Cuando el mozo se hizo viejo
 pensaba: "Todo es soñar,
 el caballito soñado
 y el caballo de verdad."
 Y cuando vino la muerte,
 el viejo a su corazón
 preguntaba: "¿Tú eres sueño?"
 ¡Quién sabe si despertó!

Si me tengo que morir
 poco me importa aprender.
 Y si no puedo saber,
 poco me importa vivir.

"¿Qué es amor?", me preguntaba
 una niña. Contesté:
 "Verte una vez y pensar
 haberte visto otra vez."

Todo hombre tiene dos
 batallas que pelear.
 En sueños lucha con Dios;
 y despierto, con el mar.

Pensar el mundo es como hacerlo nuevo
 de la sombra o la nada, desustanciado y frío.
 Bueno es pensar, decolorir el huevo
 universal, sorberlo hasta el vacío.
 Pensar: borrar primero y dibujar después,
 y quien borrar no sabe camina en cuatro pies.
 Una neblina opaca confunde toda cosa:
 el monte, el mar, el pino, el pájaro, la rosa.
 Pitágoras alarga a Cartesius la mano.
 Es la extensión sustancia del universo humano.
 Y sobre el lienzo blanco o la pizarra oscura
 se pinta, en blanco o negro, la cifra o la figura.
 Yo pienso. (Un hombre arroja una traña al mar
 y la saca vacía; no ha logrado pescar.)
 "No tiene el pensamiento trañas sino amarras,
 las cosas obedecen al peso de las garras",
 exclama, y luego dice: "Aunque las presas son,
 lo mismo que las garras, pura figuración."
 Sobre la blanca arena, aparece un caimán
 que muerde a hincadamente en el bronce de Kant,
 Tus formas, tus principios y tus categorías,
 redes que el mar escupe, enjutas y vacías.
 Kratilo ha sonreído y arrugado Zenón
 el ceño, adivinando a M. de Bergsón.
 Puedes coger cenizas del fuego heraclitano,
 mas no apuñar la onda que fluye, con tu mano.
 vuestras retortas, sabios, sólo destilan heces.
 ¡Oh, machacad zurrapas en vuestros almireces!

*Pensar el mundo es como hacerlo nuevo
de la sombra o la nada, desustanciado y frío.*

*Bueno es pensar, decolorir el huevo
universal, sorberlo hasta el vacío.*

*Pensar: borrar primero y dibujar después,
y quien borrar no sabe camina en cuatro pies.*

*Una neblina opaca confunde toda cosa:
el monte, el mar, el pino, el pájaro, la rosa.*

Pitágoras alarga a Cartesius la mano.

Es la extensión sustancia del universo humano.

*Y sobre el lienzo blanco o la pizarra oscura
se pinta, en blanco o negro, la cifra o la figura.*

*Yo pienso. (Un hombre arroja una traíña al mar
y la saca vacía; no ha logrado pescar.)*

*"No tiene el pensamiento traíñas sino amarras,
las cosas obedecen al peso de las garras",
exclama, y luego dice: "Aunque las presas son,
lo mismo que las garras, pura figuración."*

*Sobre la blanca arena, aparece un caimán
que muerde ahincadamente en el bronce de Kant,*

*Tus formas, tus principios y tus categorías,
redes que el mar escupe, enjutas y vacías.*

*Kratilo ha sonreído y arrugado Zenón
el ceño, adivinando a M. de Bergsón.*

*Puedes coger cenizas del fuego heraclitano,
mas no apuñar la onda que fluye, con tu mano.*

Vuestras retortas, sabios, sólo destilan heces.

¡Oh, machacad zurrapas en vuestros almirces!

*Medir las vivas aguas del mundo... ¡desvarío!
Entre las dos agujas de tu compás va el río.
La realidad es la vida, fugaz, funambulesca,
el cigarrón voltario, el pez que nadie pesca.
Si quieres saber algo del mar, vuelve otra vez,
un poco pescador y un tanto pez.
En la barra del puerto bate la marejada,
y todo el mar resuena como una carcajada.*

Puerto de Santa María, 1915.

*Sobre la limpia arena, en el tartesio llano
por donde acaba España y sigue el mar,
hay dos hombres que apoyan la cabeza en la mano;
uno duerme, y el otro parece meditar.
El uno, en la mañana de tibia primavera,
junto a la mar tranquila,
ha puesto entre sus ojos y el mar que revérbera,
los párpados, que borran el mar en la pupila.
Y se ha dormido y sueña con el pastor Proteo
que sabe los rebaños del marino guardar;
y sueña que le llaman las hijas de Nereo,
y ha oído los caballos de Poseidón hablar.
El otro mira al agua. Su pensamiento flota,*

*hija del mar, navega,—o se pone a volar.
Su pensamiento tiene un vuelo de gaviota,
que ha visto un pez de plata en el agua saltar.
Y piensa: "Es esta vida una ilusión marina
de un pescador que un día ya no puede pescar."
El soñador ha visto que el mar se le ilumina,
y sueña que es la muerte una ilusión del mar.*

Sanlúcar de Barrameda, 1915.

ANTONIO MACHADO

(La Lectura. Madrid.)

hijo del mar, navega,—o se pone a volar.
Su pensamiento tiene un vuelo de gaviota,
que ha visto un pez de plata en el agua saltar.
Y piensa: "Es esta vida una ilusión marina
de un pescador que un día ya no puede pescar."
El soñador ha visto que el mar se le ilumina,
y sueña que es la muerte una ilusión del mar.

Sanlúcar de Barrameda, 1915.

ANTONIO MACHADO

(*La Lectura. Madrid.*)

Enseñanza de la Geografía

NINGUNA rama de la instrucción puede ser concebida sin sus complementos naturales, mediante los cuales forma un conjunto con el resto del saber. Sería, pues, aventurado querer trazar un plan de estudios geográficos sin tomar en cuenta todas las otras disciplinas de la enseñanza.

No teniendo a mi alcance el programa detallado de las materias que dividen el tiempo de los alumnos, en las escuelas a que me dirijo en este momento (1) admito como cierto que la descripción de la Tierra, o geografía

(1) Eliseo Reclus, cuyo nombre no debe ser precedido ni seguido de adjetivos, tenía verdadero interés en la instrucción del niño argentino. Entendía que nuestro suelo sería asiento de un gran pueblo, cabeza de esta América, y muchas veces en el transcurso de una amistad de veinticinco años fueron motivo de nuestras conversaciones o correspondencia los destinos de este país. Cuando durante su destierro en Suiza trepábamos las colinas que dominan su habitación de entonces, en Clarens, y el vecino trágico castillo de Chillon, y admirábamos el azulado lago de Ginebra, ante las eternas nieves de los Alpes, surgía de nuestra charla el futuro de Patagonia que yo acababa de recorrer y de cuyo oeste esas verdes colinas, esas aguas, esas nieves casi eran imágenes reducidas. Veinte años después frecuenté su sencillo hogar-colmena de Bruselas y el problema del noroeste argentino y del Pacífico fué encarado por su luminoso saber. El dilatado Chaco, las tierras correntinas y entrerrianas avanzadas no comprendidas del porvenir nacional, los llanos de Santa Fe, Buenos Aires, Córdoba y San Luis, las serranías centrales, tan poco apreciadas como conocidas en sus riquezas naturales, las montañas, lagos y selvas australes, los bosques tucumánicos, salteños y misioneros, las tierras secas del interior tan seme-

propia mente dicha, ocupa a los niños durante tres horas, a lo menos, por semana. Además tengo en cuenta un número al menos igual de horas durante las cuales, con motivo de la historia universal o nacional, la geografía solicita el interés de los alumnos de manera indirecta.

Considero también como ya establecido que los paseos y las excursiones en plena naturaleza, la gran educadora, deben ser numerosas y seriamente dirigidas. En fin, supongo al maestro como un espíritu amplio, generalizador, abierto a todas las impresiones nuevas. No lo querría demasiado recargado de tarea, pues una cierta tregua es indispensable para que el pensamiento no se entorpezca y para que el profesor no se haga un pedante o un nulo.

No es una paradoja decir que las lecciones

jantes a las de Estados Unidos, convertidas en vergeles, como allí en Los Angeles, en Mendoza y San Juan, el uso de las aguas de los grandes ríos, de los lagos, de los arroyuelos, sin gastarlas, como el de los árboles sin talarlos, en fin, la conservación de la gran heredad nacional a través de las generaciones venideras, con el antecedente de la destrucción por la ignorancia y ceguera de los hombres de la unidad geográfica que constituyó el virreinato, destrucción que ha trastornado su organismo con la alteración de la posición de su médula espinal el Río Paraná, fueron otros tantos temas clarovidentes. Cuando más tarde le recordé desde aquí nuestros comunes anhelos y le pedí que escribiera algo sobre la enseñanza de la geografía, tan poco cultivada en la escuela argentina, me envió las páginas que siguen y que he conservado inéditas hasta hoy. Con ellas deseo principiar este volumen de EL MONITOR, el primero que se publica bajo mi dirección. Léanlas maestros y discípulos, medítenlas y practíquenlas—harán obra buena para la patria y honrarán a la vez la memoria de su autor teniendo siempre presente la frase con que terminan.

F. P. MORENO.

propriadamente dicha, ocupa a los niños durante tres horas, a lo menos, por semana. Además tengo en cuenta un número al menos igual de horas durante las cuales, con motivo de la historia universal o nacional, la geografía sollicita el interés de los alumnos de manera indirecta.

Considero también como ya establecido que los paseos y las excursiones en plena naturaleza, la gran educadora, deben ser numerosas y seriamente dirigidas. En fin, supongo al maestro como un espíritu amplio, generalizador, abierto a todas las impresiones nuevas. No lo querría demasiado recargado de tarea, pues una cierta tregua es indispensable para que el pensamiento no se entorpezca y para que el profesor no se haga un pedante o un nulo.

No es una paradoja decir que las lecciones

antes a las de Estados Unidos, convertidas en vergeles, como allí en Los Angeles, en Mendoza y San Juan, el uso de las aguas de los grandes ríos, de los lagos, de los arroyuelos, sin gastarlas, como el de los árboles sin talarlos, en fin, la conservación de la heredad nacional a través de las generaciones venideras, con el antecedente de la destrucción por la ignorancia y ceguera de los hombres de la unidad geográfica que constituyó el virreinato, destrucción que ha trastornado su organismo con la alteración de la posición de su médula espinal el Río Paraná, fueron otros tantos temas clarovidentes. Cuando más tarde le recordé desde aquí nuestros comunes anhelos y le pedí que escribiera algo sobre la enseñanza de la geografía, tan poco cultivada en la escuela argentina, me envió las páginas que siguen y que he conservado inéditas hasta hoy. Con ellas deseo principiar este volumen de EL MONITOR, el primero que se publica bajo mi dirección. Léanlas maestros y discípulos, medítenlas y practíquenlas—harán obra buena para la patria y honrarán a la vez la memoria de su autor teniendo siempre presente la frase con que terminan.

F. P. MORENO.

suplementarias, o todo lo que se les parezca, deben ser evitadas, con el mayor cuidado, por el profesor, fuera del tiempo estrictamente consagrado a la enseñanza directa.

En los paseos, el que acompañe a los niños, hermano, amigo o maestro de escuela, debe abstenerse absolutamente de dar explicaciones que no le sean pedidas. Pero si es ingenioso, y si comprende bien el arte de hacer pensar a los alumnos, no dejará de guiarlos sucesivamente en los alrededores, de modo de hacerles adivinar a ellos mismos y comprender a fondo, una completa lección de cosas. Aun en las planicies de aluviones, encontrará muchas irregularidades de terreno que para los discípulos serán planicies, colinas, valles y quebradas. No faltará tampoco en alguna parte del distrito de la escuela un curso de agua, riachuelo o río, por el que los muchachos puedan seguir las riberas o el hilo de la corriente, mostrándose los unos a los otros, los recodos, los rápidos, los grandes fondos, los vados y los bancos de arena; ellos verán también los diversos accidentes de la orilla con cantiles, promontorios, taludes, arenales y playas.

Si tienen la suerte de vivir en países de sitios grandiosos, de montañas o litoral oceánico, entonces la variedad de los paisajes les permitirá ver metódicamente, como en resumen, la Tierra toda y conocerla y comprender quizás todos los fenómenos. ¡Y qué contrastes

también en las transformaciones que el hombre introduce en la superficie de la tierra,—cultivos diversos, bosques y jardines! En fin, las excursiones realizadas a través de los campos son las mejores para facilitar la vista del cielo con sus juegos de luz y de sombra, y la forma siempre cambiante, de las nubes que el viento divide, desparrama o acumula en cirros y hace desplomar en aguaceros sobre el suelo. Y si por casualidad, los niños se han despertado muy temprano o se pasean tarde al aparecer las estrellas, aprenderán los misterios del cielo y las relaciones del astro terrestre con la inmensidad del espacio. Pero, en todas esas lecciones de cosas, que se confunden con la alegría de la marcha y de la vida al aire libre, recuerde el profesor siempre las palabras de Spencer: "Debe decirse al niño lo menos posible y hacerle encontrar lo más posible".

En la escuela las lecciones toman otro carácter y se hacen más precisas en su enseñanza, pero sobre todo ahí está el peligro, porque los maestros disponen de manuales que les aminoran la tarea y que les dispensan de sacar el curso de su propio fondo. Por su parte, los niños, cuya memoria recibe y guarda tan fácilmente las impresiones, se dejan imponer sin protestar la recitación nemotécnica de algunas líneas y parece que todo dice: la lección de geografía está hecha, la conciencia queda en paz. Sin embargo, cuán en desacuerdo está tal método con la verdadera enseñanza, por-

también en las transformaciones que el hombre introduce en la superficie de la tierra,—cultivos diversos, bosques y jardines! En fin, las excursiones realizadas a través de los campos son las mejores para facilitar la vista del cielo con sus juegos de luz y de sombra, y la forma siempre cambiante, de las nubes que el viento divide, desparrama o acumula en cirros y hace desplomar en aguaceros sobre el suelo. Y si por casualidad, los niños se han despertado muy temprano o se pasean tarde al aparecer las estrellas, aprenderán los misterios del cielo y las relaciones del astro terrestre con la inmensidad del espacio. Pero, en todas esas lecciones de cosas, que se confunden con la alegría de la marcha y de la vida al aire libre, recuerde el profesor siempre las palabras de Spencer: "Debe decirse al niño lo menos posible y hacerle encontrar lo más posible".

En la escuela las lecciones toman otro carácter y se hacen más precisas en su enseñanza, pero sobre todo ahí está el peligro, porque los maestros disponen de manuales que les aminoran la tarea y que les dispensan de sacar el curso de su propio fondo. Por su parte, los niños, cuya memoria recibe y guarda tan fácilmente las impresiones, se dejan imponer sin protestar la recitación nemotécnica de algunas líneas y parece que todo dice: la lección de geografía está hecha, la conciencia queda en paz. Sin embargo, cuán en desacuerdo está tal método con la verdadera enseñanza, por-

que ella dispensa de todo esfuerzo a la inteligencia, propiamente dicha, y se limita a figurar palabras que se graban en los repliegues del cerebro y que ocupan un sitio que podría llenar más provechosamente el conocimiento real de las cosas. Yo me he encontrado con niños que, atravesando un río, no tenían idea alguna de que el nombre de esa corriente de agua, recitado en la clase tuviese la menor relación con el agua corriente que fluía bajo sus pies. La memoria sin el pensamiento es una cosa que degrada, que rebaja al hombre, lo reduce a simple materia bruta, como la roca en que ha grabado su nombre.

No acudamos, pues, más que moderadamente a la memoria y limitémosnos a saber mirar. La lógica de las cosas querrá precisamente que esas primeras miradas tengan un carácter absolutamente sintético, comprendiendo a la vez los horizontes opuestos, el del cielo y el de la escuela. En efecto, para aprender a conocer la Tierra, es necesario medirla, determinar sus rasgos, fijar las posiciones relativas. El profesor se verá, pues, obligado antes que todo, a ejercitarse con sus alumnos, en ver bien en qué medio se encuentra la sala de la escuela y el espacio que ocupa: es un trabajo de geografía que comienza por lo infinitamente pequeño, el trabajo inmenso de la medición del mundo, pero que no puede hacerse sin el empleo de medios que precisamente nos son suministrados por el conocimiento de la astro-

nomía en la que ella tiene de más grandioso, porque la más sencilla exposición geográfica necesita la observación del meridiano. Sin embargo, esa observación entra fácilmente en el campo de los estudios directos que el niño puede emprender y verificar. Desde luego, comprobará de una manera general que el sol "se levanta" en una zona del horizonte, que cada día varía débilmente y que "se pone" en otra zona, cuyo punto diario es igualmente poco considerable. Reconoce así los dos lados opuestos del contorno terrestre, el oriente y el occidente. Esto ya es mucho, pero el lugar preciso de esos dos puntos cardinales no lo conoce claramente todavía, a causa de la variación diurna, mientras, que la línea del meridiano se dibujará diariamente a medio día con una exactitud perfecta.

Una vara derecha plantada en tierra, a falta de cuadrante o de gnomon basta para mostrar la sombra en el momento del día en que ésta es más corta. Esta sombra es trazada precisamente en el sentido del norte, si se habita el hemisferio septentrional; en la dirección del sud si se vive en el hemisferio opuesto. El escolar que comprueba la dirección de esta sombra, conoce así una de las líneas fundamentales de la geometría terrestre: la del meridiano que une un polo al otro polo. La construcción de una línea transversal que corte el meridiano en ángulo recto, le dará los otros dos puntos cardinales.

nomía en la que ella tiene de más grandioso, porque la más sencilla exposición geográfica necesita la observación del meridiano. Sin embargo, esa observación entra fácilmente en el campo de los estudios directos que el niño puede emprender y verificar. Desdeluego, comprobará de una manera general que el sol "se levanta" en una zona del horizonte, que cada día varía débilmente y que "se pone" en otra zona, cuyo punto diario es igualmente poco considerable. Reconoce así los dos lados opuestos del contorno terrestre, el oriente y el occidente. Esto ya es mucho, pero el lugar preciso de esos dos puntos cardinales no lo conoce claramente todavía, a causa de la variación diurna, mientras, que la línea del meridiano se dibujará diariamente a mediodía con una exactitud perfecta.

Una vara derecha plantada en tierra, a falta de cuadrante o de gnomon basta para mostrar la sombra en el momento del día en que ésta es más corta. Esta sombra es trazada precisamente en el sentido del norte, si se habita el hemisferio septentrional; en la dirección del sud si se vive en el hemisferio opuesto. El escolar que comprueba la dirección de esta sombra, conoce así una de las líneas fundamentales de la geometría terrestre: la del meridiano que une un polo al otro polo. La construcción de una línea transversal que corte el meridiano en ángulo recto, le dará los otros dos puntos cardinales.

El niño posee pues, por las medidas precisas, los primeros elementos del mapa. En adelante, sabrá orientar todas las líneas trazadas en la superficie terrestre.

En cuanto a la medida de distancias, puede practicarla como nuestros antepasados, sea por el número de pasos o por el de codos o brazos, sea por cualquier otra medida convencional, la del metro, cuyo origen geodésico se le enseñará luego.

Estos primeros estudios, que pueden combinarse con los paseos y aun con los juegos, deben, sin embargo, hacerse seriamente y con método, pues son el punto de partida de toda la enseñanza geográfica. Preparado con esos conocimientos, el alumno puede ya dibujar el mapa, es decir, el plano, de la sala de clase; luego puede medir y situar un espacio más grande, y finalmente, abordar toda una extensión considerable, un campo con casa y granja, arroyos y senderos, colinas y valles. Adquiere así el verdadero sentido de las orientaciones, de las distancias, de las posiciones relativas.

Según los formatos del papel que emplea para su trabajo, aleja o aproxima los diferentes puntos que aparecen en su mapa, y se familiariza así con un nuevo conocimiento de capital valor en la ciencia: aprende a determinar las proporciones y a servirse de escalas diferentes. El maestro de escuela debe insistir durante mucho tiempo en ese nuevo

progreso y hará reproducir el mismo mapa, en grande y en pequeño, de manera que la vista aprenda a distinguir prontamente la proporción exacta de las reducciones del dibujo. Una vez alcanzada esta conquista, el escolar se encontrará mejor preparado, como geógrafo, que la mayoría de sus contemporáneos adultos.

Calculamos en un semestre el período preparatorio de los cursos de geografía, consagrado a esos trabajos preliminares. Según nuestra opinión, el curso correspondiente de historia, desarrollado durante el mismo espacio semestral, trataría paralelamente de la historia local del país, que el niño puede abarcar con su mirada o que tiene siempre presente a su inteligencia en sus conversaciones diarias. Así el escolar francés oirá hablar constantemente de París y el alumno argentino tendrá sus ideas dirigidas hacia el estuario del Plata.

Seguro ya de su geografía local, el alumno emprenderá sin peligro el estudio de la geografía de conjunto. El uso de globos es entonces indispensable, pues sin el empleo de una esfera le es absolutamente imposible al niño comprender la superficie verdadera de su país, comparado con la superficie de la Tierra entera. Pero en toda escuela bien provista, el globo terrestre está allí; fácilmente manejable, sea que se le tenga suspendido libremente del techo o colocado sobre un ancho plato de ma-

progreso y hará reproducir el mismo mapa, en grande y en pequeño, de manera que la vista aprenda a distinguir prontamente la proporción exacta de las reducciones del dibujo. Una vez alcanzada esta conquista, el escolar se encontrará mejor preparado, como geógrafo, que la mayoría de sus contemporáneos adultos.

Calculamos en un semestre el período preparatorio de los cursos de geografía, consagrado a esos trabajos preliminares. Según nuestra opinión, el curso correspondiente de historia, desarrollado durante el mismo espacio semestral, trataría paralelamente de la historia local del país, que el niño puede abarcar con su mirada o que tiene siempre presente a su inteligencia en sus conversaciones diarias. Así el escolar francés oirá hablar constantemente de París y el alumno argentino tendrá sus ideas dirigidas hacia el estuario del Plata.

Seguro ya de su geografía local, el alumno emprenderá sin peligro el estudio de la geografía de conjunto. El uso de globos es entonces indispensable, pues sin el empleo de una esfera le es absolutamente imposible al niño comprender la superficie verdadera de su país, comparado con la superficie de la Tierra entera. Pero en toda escuela bien provista, el globo terrestre está allí; fácilmente manejable, sea que se le tenga suspendido libremente del techo o colocado sobre un ancho plato de ma-

dera, o que se le haga girar alrededor de un eje de metal. La experiencia adquirida en las escuelas, desde la época de los grandes descubrimientos mundiales, es decir, desde hace cuatro siglos, nos enseña que la forma más cómoda de globos para la enseñanza de la geografía, no pasa de 2 metros de circunferencia, que es la proporción de la veinte millonésima parte 1: (20.000.000) en relación con las verdaderas dimensiones de la Tierra. En un globo de este tamaño, nada incómodo, por cierto, convendrá que el maestro haga determinar por sus alumnos la forma y la posición relativa del país natal estudiado en el curso preparatorio. La verdadera localización de la comarca conocida, comparada con el resto de la Tierra, no puede dejar de fijarse entonces en el espíritu con una precisión absoluta. Tal es el medio de aprender, y no existe otro, pues los mapas planos son necesariamente inciertos y engañosos. No pueden tener utilidad sino para los que saben; y engañan fatalmente a los que están todavía en el período del estudio. Es pues, un verdadero crimen contra la enseñanza lógica y normal colocar mapas o atlas en manos de los niños. En efecto, los mapas de tal o cual comarca olvidan toda representación de la redondez de la tierra y por eso mismo aquellos aparentan ser una parte indefinida de la superficie del globo: ninguna proporción verdadera está indicada. Hecho tanto más grave por cuanto estando las pro-

yecciones de las costas dibujadas de acuerdo con procederes diferentes, resulta que las representaciones son diversamente erróneas, sea en la zona central o en el contorno. Sucede a menudo con el manejo de los mapas, del sistema más frecuentemente usado (el de los meridianos paralelos, trazados según el método de Mercator) que, comarcas de la zona glacial, insignificantes por su extensión, parecen diez veces mayores que las vastas tierras ecuatoriales. El testimonio de la vista deja, a pesar de todo, una impresión duradera y definitiva en el espíritu maleable de los niños.

En fin, los mapas de atlas son igualmente condenables puesto que, a excepción de una sola colección, la del inglés Proctor, que por lo demás es de muy pequeñas dimensiones, estos mapas están trazados en diferentes escalas y por consecuencia no pueden compararse entre ellas sino con la ayuda de cálculos matemáticos, para los cuales el espíritu no está preparado. En un atlas, el país originario está siempre representado con proporciones colosales en relación a los países lejanos, y es por esto que se supone sin trabajo que Java, sacrificada en el atlas, es una pequeñísima isla y que el Japón es un archipiélago insignificante. Lo cual hace pensar: ¿cómo puede colocarse allí una población décuple de la que indica el censo en la R. Argentina? El precepto absoluto en la escuela primaria modelo es, pues: suspender el empleo de mapas y de atlas du-

yecciones de las costas dibujadas de acuerdo con procedimientos diferentes, resulta que las representaciones son diversamente erróneas, sea en la zona central o en el contorno. Sucede a menudo con el manejo de los mapas, del sistema más frecuentemente usado (el de los meridianos paralelos, trazados según el método de Mercator) que, comarcas de la zona glacial, insignificantes por su extensión, parecen diez veces mayores que las vastas tierras ecuatoriales. El testimonio de la vista deja, a pesar de todo, una impresión duradera y definitiva en el espíritu maleable de los niños.

En fin, los mapas de atlas son igualmente condenables puesto que, a excepción de una sola colección, la del inglés Proctor, que por lo demás es de muy pequeñas dimensiones, estos mapas están trazados en diferentes escalas y por consecuencia no pueden compararse entre ellas sino con la ayuda de cálculos matemáticos, para los cuales el espíritu no está preparado. En un atlas, el país originario está siempre representado con proporciones colosales en relación a los países lejanos, y es por esto que se supone sin trabajo que Java, sacrificada en el atlas, es una pequeñísima isla y que el Japón es un archipiélago insignificante. Lo cual hace pensar: ¿cómo puede colocarse allí una población décuple de la que indica el censo en la R. Argentina? El precepto absoluto en la escuela primaria modelo es, pues: suspender el empleo de mapas y de atlas du-

rante todo el período de estudio y reemplazarlo por el manejo de un material escolar que no falsee las ideas. La escuela tipo de que hablamos posee ya un globo a la escala del veinte milésimo, en el cual el escolar puede reconocer todos los puntos designados en sus posiciones relativas y todas las tierras mencionadas en sus dimensiones proporcionales. Pero ese globo modelo no es suficiente; es indispensable emplear un globo de trabajo, simple bola torneada, según la misma escala del veinte milonésimo y revestida de una cubierta apizarrada en la cual el alumno dibujará, y borrará los trazos de la tiza. El niño fijará ahí el lugar preciso de su pueblo natal, trazará el curso del río vecino, el macizo de la montaña más próxima; todos los delineamientos geográficos que sean objeto de la enseñanza tendrán inmediatamente su sitio en el globo de estudio. Los alumnos comprenderán fácilmente, o mejor dicho, verán. La comprensión se hace por vía directa y por lo tanto, sin ningún esfuerzo.

El globo de estudio es del mismo modo absolutamente indispensable para otra disciplina científica. Servirá también para las lecciones de cosmografía. La línea del meridiano que el alumno en su curso preparatorio aprendió a trazar sobre el suelo mismo, la dibujará sin esfuerzo sobre la redondez planetaria y dividirá la superficie de polo a polo en tantos cortes como se le pedirán, en 360 o

400, por ejemplo. Sabrá desarrollar también la línea del ecuador a igual distancia de los dos puntos matemáticos de los polos, conformándose para las latitudes con la convención de las líneas paralelas que se suceden en cada hemisferio, cada noventa o cien grados. Con la misma evidencia comprenderá que la tierra al dar vuelta alrededor de su eje presenta su superficie al sol durante veinticuatro horas; y nada le será más fácil que hacerle contrastar de hora en hora la sombra de la noche y la luz del día en la superficie del globo. Y hasta le proporcionará una satisfacción hacerle coincidir exactamente, el rayo del sol sobre el globo con la hora precisa del lugar en que se encuentra, de manera que en el mismo instante la hola suspendida en la escuela ocupa con la Tierra misma, una posición estrictamente paralela. La inclinación del eje terrestre, la línea de la eclíptica, el equilibrio de los trópicos, serán explicados igualmente por la posición del globo con relación a un foco de luz que representa el sol. Es muy natural que puedan aprenderse tantas cosas por el empleo de un simple globo escolar, puesto que ese globo, infinitamente pequeño, respecto a la Tierra, no deja de ser por eso, su representación exacta.

Esto no es todo: las lecciones de historia se darán también por medio del globo. Ya hable el maestro de los hallazgos en el suelo profundo, ya de fósiles, o del hombre de Trinil o

400, por ejemplo. Sabrá desarrollar también la línea del ecuador a igual distancia de los dos puntos matemáticos de los polos, conformándose para las latitudes con la convención de las líneas paralelas que se suceden en cada hemisferio, cada noventa o cien grados. Con la misma evidencia comprenderá que la tierra al dar vuelta alrededor de su eje presenta su superficie al sol durante veinticuatro horas; y nada le será más fácil que hacerle contrastar de hora en hora la sombra de la noche y la luz del día en la superficie del globo. Y hasta le proporcionará una satisfacción hacerle coincidir exactamente, el rayo del sol sobre el globo con la hora precisa del lugar en que se encuentra, de manera que en el mismo instante la bola suspendida en la escuela ocupa con la Tierra misma, una posición estrictamente paralela. La inclinación del eje terrestre, la línea de la eclíptica, el equilibrio de los trópicos, serán explicados igualmente por la posición del globo con relación a un foco de luz que representa el sol. Es muy natural que puedan aprenderse tantas cosas por el empleo de un simple globo escolar, puesto que ese globo, infinitamente pequeño, respecto a la Tierra, no deja de ser por eso, su representación exacta.

Esto no es todo: las lecciones de historia se darán también por medio del globo. Ya hable el maestro de los hallazgos en el suelo profundo, ya de fósiles, o del hombre de Trinil o

del de Neardenthol, ya mencione las grandes invasiones y el rechazo de los pueblos, los grandes choques de las naciones, la población de las tierras, los lugares donde acontecimientos memorables han ocurrido, los alumnos señalarán con facilidad en el globo, el punto, la línea o figura que corresponda exactamente con la lección.

Pero el maestro experto que quiere estar completamente seguro de la atención de sus alumnos, no se contentará con llamarlos al globo apizarrado, los unos después de los otros, para darles una lección práctica, sea de geografía o de historia. Les pondrá también entre sus manos un globo de "juguete", de pequeñas dimensiones (al 8.000.000, por ejemplo con más o menos 50 centímetros de circunferencia, 16 centímetros de espesor), a fin de que tengan a la vista el medio de seguir las explicaciones dadas sobre el globo de demostraciones, dibujando en él todos los puntos y líneas, según el modelo. Deben poder manejarlo con desenvoltura y hacerlo girar a voluntad. Esto constituirá uno de los objetos de estudio más preciosos y a la vez, más cómodo que poseerá el alumno.

Por importantes y necesarios que sean en la enseñanza escolar los objetos que se colocan al alcance de los niños, no valen ciertamente, como medio educativo, lo que las obras que provienen del trabajo personal y reflexivo. Durante el período de estudios, a lo

menos desde principio del segundo año, llegará un momento en que el profesor no deberá limitarse a la simple descripción; y el joven estudiante tendrá mayor iniciativa propia en su educación geográfica.

Suficientemente hábil para dibujar un mapa de su pueblo de residencia, con orientación y proporciones verdaderas, se ejercitará en adelante en representar también las regiones accidentadas con su verdadero relieve y la forma de su estructura. Este trabajo metódico, practicado según los procedimientos regulares que el profesor le indicará, le dejará una impresión imborrable de las formas terrestres, de su aspecto, de su arquitectura íntima y de su parte de influencia en el transcurso de la historia.

Durante el segundo, y sobre todo, durante el tercer año del curso, el profesor puede, creemos, servirse de mapas, pero solamente de mapas que representen una extensión poco considerable de la superficie terrestre, 500.000 kilómetros, a lo más, de modo que con muy débil esfuerzo de imaginación pueda uno figurarse la ligerísima inclinación que esta mínima parte de la película terrestre debería tener realmente. Pero para espacios más extensos, sobre todo para las regiones continentales, Europa, Asia, Africa, Australia, América del Norte y del Sud, y aun para las partes de los continentes, tales como la Argentina, el Brasil, Bolivia, se hace indispensable el empleo de "discos" o "escudos" globu-

menos desde principio del segundo año, llegará un momento en que el profesor no deberá limitarse a la simple descripción; y el joven estudiante tendrá mayor iniciativa propia en su educación geográfica.

Suficientemente hábil para dibujar un mapa de su pueblo de residencia, con orientación y proporciones verdaderas, se ejercitará en adelante en representar también las regiones accidentadas con su verdadero relieve y la forma de su estructura. Este trabajo metódico, practicado según los procedimientos regulares que el profesor le indicará, le dejará una impresión imborrable de las formas terrestres, de su aspecto, de su arquitectura íntima y de su parte de influencia en el transcurso de la historia.

Durante el segundo, y sobre todo, durante el tercer año del curso, el profesor puede, creemos, servirse de mapas, pero solamente de mapas que representen una extensión poco considerable de la superficie terrestre, 500.000 kilómetros, a lo más, de modo que con muy débil esfuerzo de imaginación pueda uno figurarse la ligerísima inclinación que esta mínima parte de la película terrestre debería tener realmente. Pero para espacios más extensos, sobre todo para las regiones continentales, Europa, Asia, Africa, Australia, América del Norte y del Sud, y aun para las partes de los continentes, tales como la Argentina, el Brasil, Bolivia, se hace indispensable el empleo de "discos" o "escudos" globu-

lares, es decir, fragmentos o cortes circulares de la superficie del globo que componen los países respectivos. La experiencia nos enseña que el mejor método para exponer esos discos es suspenderlos en la pared de la escuela, donde producen un efecto estético muy atrayente. Pero su gran mérito consiste en fijar para siempre en el espíritu de los niños la impresión verdadera de la forma terrestre de las diversas comarcas. Gracias a este método de enseñanza, el discípulo tendrá, lo que faltaba a sus predecesores, educados según los procedimientos antiguos: una gran facilidad para disipar el caos aparente de las posiciones geográficas. Posee el hilo conductor a través de ese dédalo, sobre todo si ha tenido la suerte de tener por director de estudios a un hombre que haya comprendido la vida, las cosas y su constante evolución al través del espacio y del tiempo. Aun desde el punto de vista moral, obtendrán ventajas apreciables los jóvenes que hayan aprendido la geografía y el encadenamiento de los hechos históricos en presencia del globo, más que por medio de mapas erróneos y difícilmente comprensibles. El mejor medio de formar hombres rectos, valerosos, llenos de iniciativa, es guiarlos por una clara exposición de la verdad.

ELISEO RECLUS.

Flor de madroño

DE vencida iba la tarde cuando Juana divisó, a lo lejos, en la serenidad de la llanura, el ganado que, a modo de sutil franja negruzca y ondulante, volvía al establo.

Encaramóse sobre la cerca de toscas piedras; guiñó los ojos, herida por la viveza de la claridad vespéral, y llevándose la diestra a la altura de la frente, a guisa de pantalla, envuelta en el rebocillo azul, medio deshilado y no poco raído, se dió a mirar, a mirar tan larga, tan fijamente como se lo permitía su buena vista campesina, en dirección de donde las bestias se aproximaban.

Tramontaba el sol en aquel instante. Dijérase un bólido rojizo que caía en un invisible mar del ocaso, lanzando fulguraciones de oro. La paz de la sombra se iba haciendo en los llanos, en los pequeños valles de la toluqueña sierra, en tanto que mesetas y picachos se bañaban en una luz macilenta, y en la suave transparencia azul nubes errantes se coloreaban levemente. Una dulzura infinita parecía descender de lo alto. En el grave silencio de la tarde, oíanse lejanos los gritos de los "coleros" que azuzaban el ganado; el

Flor de madroño

DE vencida iba la tarde cuando Juana divisó, a lo lejos, en la serenidad de la llanura, el ganado que, a modo de sutil franja negruzca y ondulante, volvía al establo.

Encaramóse sobre la cerca de toscas piedras; guiñó los ojos, herida por la viveza de la claridad vespéral, y llevándose la diestra a la altura de la frente, a guisa de pantalla, envuelta en el rebocillo azul, medio deshilado y no poco raído, se dió a mirar, a mirar tan larga, tan fijamente como se lo permitía su buena vista campesina, en dirección de donde las bestias se aproximaban.

Tramontaba el sol en aquel instante. Dijérase un bólido rojizo que caía en un invisible mar del ocaso, lanzando fulguraciones de oro. La paz de la sombra se iba haciendo en los llanos, en los pequeños valles de la toluqueña sierra, en tanto que mesetas y picachos se bañaban en una luz macilenta, y en la suave transparencia azul nubes errantes se coloreaban levemente. Una dulzura infinita parecía descender de lo alto. En el grave silencio de la tarde, oíanse lejanos los gritos de los "coleros" que azuzaban el ganado; el

mugir lento y solemne de los sementales que entre las vacas venían, y el ladrido de los perros en la corralada. Apenas si un soplo de viento levantábase de vez en cuando, arrastrando la paja abandonada en la cercana era.

Y Juana miraba, miraba... Allá venía, sí. Distingúiale marchando con asentado paso a la vera del camino, la "cobija" al hombro, el ancho sombrero de palma, medio deshecho por el uso y los temporales, echado hacia atrás; el apretado pantalón azul un tanto caído, y los brazos colgantes, rozando casi las manos el lomo del perrazo negro y enjuto que trotaba a su lado. ¡Y de qué buenas hechuras su hombre le parecía, siguiendo a la vacada! ¡Y cómo quisiera que se acortasen las distancias para tenerle ya cerca, darle un cachete y un tirón de orejas cariñoso, precursores ambos de la cena calentita y picante que los dos comerían junto al fogón, iluminadas sus caras famélicas por el esplendor rubicundo de las brasas! Pero no, no llegaba; lejos aún le tenía. Ni todos sus deseos fueran capaces de cambiar el tardo paso de las bestias, ni así se desquiciara el mundo, el buenazo de su marido echaría a correr por verla, dejando atrás a los animales. Como a las niñas de sus ojos les quería, y más que a ella, a Flor de madroño, la muchacha codiciada en cinco leguas a la redonda en los tiempos todavía recientes de su celibato.

¡ Ah, las murrias de ella al principio, ante aquel amor de su hombre por toros y vacas! ¡Las grescas que armó! Las caras que puso de recién casada, cuando José de Jesús desaparecía en los establos horas enteras!

Que tal hiciera si con otra mujer "de razón," aunque fea, se hubiese presentado ante el cura, no importaría; ¡pero con ella, buena moza como otra ninguna; con ella, a quién habían "arañado las manos" el mayordomo, el caporal y el montero, y algo más que las manos el "niño" del amo que de mal gusto no pecaba!...

En la casa de la hacienda, una legua no distante del establo, allá tras de las lomas, había nacido y se había criado. A la sombra de los señores creció y se hizo guapa. Supo vestir tan ricamente sus enaguas de percal bien planchadas, sus rebozos de Santa María, y hasta calzó zapatos. Pusiéronla por mote *Flor de madroño*, porque de la flor del madroño tenía la rosada blancura, la redondez simpática, una exuberancia apetitosa dentro de su pequeñez casi minúscula; y Flor de madroño se la quedó para los días de su vida, con regocijo de la gente charra que la pretendía, y de los gañanes que, no muy confiados, hasta ella solían alzar los sandios ojos. Y sucedió que ni charros ni palurdos consiguieron nunca algo más que una mirada: Flor de madroño, que se distinguiera entre el "gaterío" de Toluca,

¡ Ah, las murrias de ella al principio, ante aquel amor de su hombre por toros y vacas ! ¡ Las grescas que armó ! Las caras que puso de recién casada, cuando José de Jesús desaparecía en los establos horas enteras !

Que tal hiciera si con otra mujer "de razón," aunque fea, se hubiese presentado ante el cura, no importaría; ¡ pero con ella, buena moza como ~~ella~~, con ella, a quién habían "arañado las manos" el mayordomo, el caporal y el montero, y algo más que las manos el "niño" del amo que de mal gusto no pecaba !...

En la casa de la hacienda, una legua no distante del establo, allá tras de las lomas, había nacido y se había criado. A la sombra de los señores creció y se hizo guapa. Supo vestir tan ricamente sus enaguas de percal bien planchadas, sus rebozos de Santa María, y hasta calzó zapatos. Pusiéronla por mote *Flor de madroño*, porque de la flor del madroño tenía la rosada blancura, la redondez simpática, una exuberancia apetitosa dentro de su pequeñez casi minúscula; y Flor de madroño se la quedó para los días de su vida, con regocijo de la gente charra que la pretendía, y de los gañanes que, no muy confiados, hasta ella solían alzar los sandios ojos. Y sucedió que ni charros ni palurdos consiguieron nunca algo más que una mirada: Flor de madroño, que se distinguiera entre el "gaterío" de Toluca,

adonde una vez la llevaron sus amos, y que por bocado sabroso para paladar que supiera catarlo se la tuviese, fué a caer en brazos de José de Jesús, el vaquero, ni más ni menos....

¡Y no se arrepentía, por María santísima! Lo pensaba ahora, mirándole venir, ya más cerca, más cerca, envuelto en la claridad de una ráfaga solar que descendía de la cumbre sobre aquella parte del camino que trepaba en la falda del cerro. No se arrepentía, no. José de Jesús era bueno como los trigos de la vega: no se emborrachaba, no tenía tampoco el vicio del despilfarro. Cabalita como la recibía entregábale la "raya" los sábados, y en sus cinco sentidos habíale visto siempre, limpia la boca de aquel tufo hediondo a pulque que traían los peones de El Salto, cada domingo que iban a Santiago. Tampoco enamoraba....

Pero al llegar aquí de su rústico elogio mental, Flor de madroño se puso seria, de risueña que estaba; llevóse las puntas del rebozo a la boca, y clavó las pupilas con mayor fijeza en José de Jesús, que se encontraba ya a escasa distancia.

No podía creerlo. ¡Cómo era posible que José de Jesús volviese a entenderse con María Petra, la mujerzuela aquella con quien tuvo sus dares y tomares en días de soltero! ¡Ni cómo podía suponer que María Petra viniera al establo mismo, y allí, entre las bestias, quizá en los pesebres....?

¡No! Todo se reducía, sin duda, a puras imaginaciones de su comadre. No se falta a una mujer a los seis meses de casado. Si fuese al año.... ¡vaya...! Pero ¿y el ensimismamiento de José de Jesús? ¿Y aquel no querer hablar, ni reír, ni bromearse, que le notaba desde el sábado, en que había ido a la hacienda para dar aviso de la enfermedad de la "Consentida?" ¿Qué eran? ¿A qué obedecían?

—¡José de Jesús!—gritó, viéndole a pocos pasos.

Ya las primeras vacas se acercaban al establo. Ofateaban la pastura fresca, el caliente rinconcillo bajo de techo, junto al pesebre, propicio a la noche, y era de ver la alegría que revelaban sus ojos de ordinario tranquilos. A saltos, cornadas y coces metíanse por el enorme portón abierto en el muro blanco, coronado de tejas rojas, donde cabrilleaba el último esplendor del crepúsculo. Invadían el patio empedrado, oloroso a boñiga, en el centro del cual, dentro del recinto apartado que les correspondía, hallábanse ya los becerros, que asomaban el hocico húmedo por entre los travesaños de las puertas, bramando mansamente, como si llamasen amorosos a las madres. Pero lo peor era que se apelotonaba, que se estrechaba el ganado en el recio portón, sobre todo aquella tarde, con gran enojo de José de Jesús, que ya venía corriendo, seguido del perro negro

¡No! Todo se reducía, sin duda, a puras imaginaciones de su comadre. No se falta a una mujer a los seis meses de casado. Si fuese al año.... ¡vaya...! Pero ¿y el ensimismamiento de José de Jesús? ¿Y aquel no querer hablar, ni reír, ni bromearse, que le notaba desde el sábado, en que había ido a la hacienda para dar aviso de la enfermedad de la "Consentida?" ¿Qué eran? ¿A qué obedecían?

—¡José de Jesús!—gritó, viéndole a pocos pasos.

Ya las primeras vacas se acercaban al establo. Olfateaban la pastura fresca, el caliente rincón bajo de techo, junto al pesebre, propicio a la noche, y era de ver la alegría que revelaban sus ojos de ordinario tranquilos. A saltos, cornadas y coces metíanse por el enorme portón abierto en el muro blanco, coronado de tejas rojas, donde cabrilleaba el último esplendor del crepúsculo. Invadían el patio empedrado, oloroso a boñiga, en el centro del cual, dentro del recinto apartado que les correspondía, hallábanse ya los becerros, que asomaban el hocico húmedo por entre los travesaños de las puertas, bramando mansamente, como si llamasen amorosos a las madres. Pero lo peor era que se apelotonaba, que se estrechaba el ganado en el recio portón. sobre todo aquella tarde, con gran enojo de José de Jesús, que ya venía corriendo, seguido del perro negro

y con el puño en alto, pronto a descargarlo sobre las lucientes ancas de las bestias.

—¡Eh, tú, colero, échales duro si no quieren ajuciarse! ¡Errea, "Bonita!" ¡Mándale una guantada al "Don Juan Tenorio"!....

Corría sudoroso, rojo, encorajinado.

Y Flor de madroño le dijo, sumisa y risueña:

—José de Jesús....

Y él respondió:

—¿Güenas, mujer.... ¿Cómo va la "Consentida"?

—Mal.

Y pasó de frente, sin volverse siquiera, atento al tropiezo del ganado contra el muro.

—¡Empújalo pa allá!—repetía.—¡Dale recio!

Gritaba él; respondíale el "colero", mozuelo de cara terrosa y sucia camisa y calzón de manta. Gritaban también del interior los demás vaqueros, y todo en vano, porque "Don Juan Tenorio" uno de los sementales, suizo de pura raza, empeñábase en bravuconear junto a la puerta, sembrando miedo y desorden. Fué preciso que José de Jesús llegase, y rápido, sin miramientos mayores, le asestara un puñetazo en plena testuz, acompañado de un ¡érrea! retumbante, para que la hermosa bestia se decidiese a entrar, seguida a continuación por el resto del ganado, que iba desapareciendo lentamente por el amplio portón.

Y en tanto José de Jesús, hurafío, atendía a

estos menesteres, Flor de madroño quedó pensativa y como absorta en un pensamiento junto a la cerca, envuelta en la luz azul pálida, de la noche que empezaba a insinuarse. No lloró como en tales ocasiones solía hacerlo; no se indignó por la frialdad del saludo; no habló. Con andar distraído de sus piés descalzos sobre el suelo tapizado de estiércol, encaminóse a casa, al humilde cuarto que a un lado del portalón del establo se hallaba, y por el cual salía de lo alto del techo, chimenea arriba, el humo plomizo del fogón, en la melancolía del crepúsculo que comenzaba a extinguirse.

Preparó la frugal cena de la noche. Arrodillada ante el metate, la blancura de sus brazos, libres de la opresión de las mangas, contrastaba con el amarillo de la masa de maíz con que hacía las tortillas, que de sus manos pasaban al comal, rodeado por las llamas rojizas de los leños del fogón, y del comal al cesto. Trafagueaba maquinalmente. Su pensamiento corría por otra parte. A su memoria acudían las palabras de la comadre: —"Ande, no sea tonta, no se "fie": a la otra le gusta su marido, y vendrá a quitárselo el día que menos lo aguarde."

Habíase quedado inmóvil, cuando él entró. Ni una pregunta, ni un gesto; encerrábase el vaquero en obstinado mutismo. Cogió el tosco plato de

estos menesteres, Flor de madroño quedó pensativa y como absorta en un pensamiento junto a la cerca, envuelta en la luz azul pálida, de la noche que empezaba a insinuarse. No lloró como en tales ocasiones solía hacerlo; no se indignó por la frialdad del saludo; no habló. Con andar distraído de sus piés descalzos sobre el suelo tapizado de estiércol, encaminóse a casa, al humilde cuarto que a un lado del portalón del establo se hallaba, y por el cual salía de lo alto del techo, chimenea arriba, el humo plumizo del fogón, en la melancolía del crepúsculo que comenzaba a extinguirse.

Preparó la frugal cena de la noche. Arrodillada ante el metate, la blancura de sus brazos, libres de la opresión de las mangas, contrastaba con el amarillo de la masa de maiz con que hacía las tortillas, que de sus manos pasaban al comal, rodeado por las llamas rojizas de los leños del fogón, y del comal al cesto. Trafagueaba maquinalmente. Su pensamiento corría por otra parte. A su memoria acudían las palabras de la comadre: —“Ande, no sea tonta, no se “fíe”: a la otra le gusta su marido, y vendrá a quitárselo el día que menos lo aguarde.”

Habíase quedado inmóvil, cuando él entró. Ni una pregunta, ni un gesto; encerrábase el vaquerito en obstinado mutismo. Cogió el tosco plato de

chile rebosante; se acercó al cesto de las tortillas, y empezó a engullir en silencio....

—¿Qué te pasa, José?—interrogó, mirándole.
—Nada.

Había terminado ya. Se puso en pie. Salió....
Y pasaron las horas.

Flor de madroño no se dió cuenta de su paso. Aquel sentimiento informe, nacido a la primera sospecha, iba creciendo en su interior, creciendo, creciendo.... Era como si una espina, una grande espina punzante, a modo de las que en los senderos torturaban a menudo sus pies, se la hubie-
ra clavado en las entrañas. Era como si las lengüetas de aquella lumbre del fogón, que enrojecían su rostro, se alargaran, quemándole el alma. Mustia, habíase agazapado en el rincón lleno de humo y de hollín; no pensaba; no sentía. Cuando salió de su anonadamiento, vió que José de Jesús aún no había tornado. Congojosa y sorprendida se levantó. Fué hasta el umbral. Reinaba la noche en los campos; la luna, en su último cuarto, esplendía en el piélagos azul.

E instintivamente, Flor de madroño se dirigió al establo.

Penetró en el ancho zaguán, internándose en el patio en torno al cual se alzaban los blancos muros bañados de clara luz de luna, y se percibía la respiración de las bestias. Detúvose junto a la puerta de largos travesaños que encerraba aslo

críos; algún becerrillo dejó oír, en la noche, su lamentación por la madre lejana.

Le faltaban las fuerzas. El flaquear de sus piernas, un deseo grande de gemir, impedíanla que siguiera adelante. Mas, al propio tiempo, los celos que se despertaran ya en su ánimo, la dieron valor para llevar a cabo la pesquisa. Su marido estaba allí, y era menester encontrarle.

Maquinalmente se dirigió hacia la parte del establo que todavía se conservaba sumida en la sombra. Tres pasos más allá, Flor de madroño escuchó el rumor ondulante de una voz: un cuchicheo de ternura, infinitamente amoroso, que la heló.—¡ Con que, era verdad; la rival vencía!— Cautelosa, avanzó hacia la puerta, que se hallaba entreabierta. Un vaho saturado de olor de estiércol y de silo envolvió su rostro que, sin ruido, iba asomando lento por entre las maderas de la puertecilla rústica. Las vacas, echadas las unas, al pesebre aún las otras, rumiaban quietamente.... Y descubrió allí en la penumbra, junto a una de ellas, casi abrazado al lomo anchísimo, la cara junto a la noble testuz de abierta cornamenta, a José de Jesús, que hablaba quedo, dulcemente, al animal enfermo, a la "Consentida," que por la tarde volviera del campo, entre las últimas del ganado, con paso débil y el mirar de sus grandes ojos inquietantes, revelador del mal que la consumía.

críos; algún becerrillo dejó oír, en la noche, su lamentación por la madre lejana.

Le faltaban las fuerzas. El flaquear de sus piernas, un deseo grande de gemir, impedíanla que siguiera adelante. Mas, al propio tiempo, los celos que se despertaran ya en su ánimo, la dieron valor para llevar a cabo la pesquisa. Su marido estaba allí, y era menester encontrarle.

Maquinalmente se dirigió hacia la parte del establo que todavía se conservaba sumida en la sombra. Tres pasos más allá, Flor de madroño escuchó el rumor ondulante de una voz: un cuchicheo de ternura, infinitamente amoroso, que la heló.—¡ Con que, era verdad; la rival vencía!— Cautelosa, avanzó hacia la puerta, que se hallaba entreabierta. Un vaho saturado de olor de estiércol y de silo envolvió su rostro que, sin ruido, iba asomando lento por entre las maderas de la puertecilla rústica. Las vacas, echadas las unas, al pesebre aún las otras, rumiaban quietamente.... Y descubrió allí en la penumbra, junto a una de ellas, casi abrazado al lomo anchísimo, la cara junto a la noble testuz de abierta cornamenta, a José de Jesús, que hablaba quedo, dulcemente, al animal enfermo, a la "Consentida," que por la tarde volviera del campo, entre las últimas del ganado, con paso débil y el mirar de sus grandes ojos inquietantes, revelador del mal que la consumía.

Flor de madroño retrocedió, sorprendida y gozosa, emprendiendo el retorno a la casuca, bajo la luna.... Y aquella noche, en el quicio de su puerta, a la entrada del establo, mientras aguardaba al vaquero, sintió gana de cantar, y hubiera apostado que las estrellas le sonreían.

CARLOS GONZALEZ PEÑA

(Nosotros. Méjico.)

Como Byron

A Gabriel Zéndegui, en Londres.

ANTE el horror prolongado de esta furiosa demencia de la guerra europea, se siente el ánimo casi impedido de protestar, por temor de ser acusado de creerse uno superior, siquiera porque conserva algunas vislumbres de razón. Más de una vez he leído, en periódicos parisienses, burlas acerbas contra los que se permitían dolerse de esta inútil matanza sin medida, que sólo ha de dejar en pos de sí inacabable estela de rencores y anhelos de venganza.

Pero hay un aspecto de las enormes pérdidas que está sufriendo la humanidad, el cual bien se puede considerar y deplorar desde ahora; porque para él no cabe alegar compensación, ni sombra de compensación.

Los grandiosos edificios arruinados, las fábricas colosales destruidas, los pueblos, las ciudades taladas y hasta derruidas, todo puede restaurarse. Los millares y millares de niños huérfanos y errantes, pueden ser recogidos y educados. Los ríos de sangre humana se secarán al cabo, y nuevos hombres vendrán a ocupar los huecos que esos otros innumera-

Como Byron

A Gabriel Zéndegui, en Londres.

ANTE el horror prolongado de esta furiosa demencia de la guerra europea, se siente el ánimo casi impedido de protestar, por temor de ser acusado de creerse uno superior, siquiera porque conserva algunas vislumbres de razón. Más de una vez he leído, en periódicos parisienses, burlas acerbas contra los que se permitían dolerse de esta inútil matanza sin medida, que sólo ha de dejar en pos de sí inacabable estela de rencores y anhelos de venganza.

Pero hay un aspecto de las enormes pérdidas que está sufriendo la humanidad, el cual bien se puede considerar y deplorar desde ahora; porque para él no cabe alegar compensación, ni sombra de compensación.

Los grandiosos edificios arruinados, las fábricas colosales destruidas, los pueblos, las ciudades taladas y hasta derruidas, todo puede restaurarse. Los millares y millares de niños huérfanos y errantes, pueden ser recogidos y educados. Los ríos de sangre humana se secarán al cabo, y nuevos hombres vendrán a ocupar los huecos que esos otros innumera-

bles han dejado. Pero ¿quién o qué devolverá al mundo los altos ingenios que prematuramente ha perdido?

En medio de la universal mediocridad humana, éstos que acendran en su mente la quinta esencia de nuestra espiritualidad, esos vasos tan exquisitos y tan frágiles, tienen demasiado valor, para que los veamos sin espanto caer quebrantados y ser arrastrados en el vórtice del torbellino. ¡Cuántos artistas, cuántos pensadores, cuántos investigadores de la naturaleza y del hombre habrán sido abatidos, no por la mano de la fatal segadora, en la forma de morbo o longevidad, sino por el choque tremendo de las pasiones humanas desbordadas!

Voy a circunscribirme a un solo caso, porque se trata de un mancebo, en la plenitud de la vida y en el primer florecimiento de su genio. No porque sea el único llegado a mi noticia, ni siquiera el único de su lengua y de su dedicación artística. Si Rupert Brooke, inglés como Byron, poeta como Byron, cayó como él en el próximo Oriente; Thomas Mac Donagh, joven como Brooke, y también poeta señalado, ha caído en Dublín bajo las bombas inglesas.

¡Pero hay elementos tan especialmente trágicos en el destino que ha cabido al insigne poeta inglés desaparecido sin gloria para sus armas en el Egeo, que me mueven a señalarlo, entre los devorados por esta guerra insensata.

La fama ha consagrado de súbito el renombre de Rupert Brooke por los cinco sonetos que, con el título sombríamente luminoso de "1914," se publicaron el año pasado y alcanzaron de seguida múltiples ediciones. Estos sonetos, en un parnaso tan rico en esa forma poética como el inglés, se colocaron desde luego al lado del celeberrimo de Blanco White *Night and Death* y el igualmente bello de Lee-Hamilton *A Flight from, Glory*. El crítico de *The Times* dijo que en ellos la nota personal se patentizaba con mayor realce, que en ningún otro sonetista inglés desde los tiempos de Sidney, el renombrado autor de *Astrophel and Stella*. Y como es sobre todo el lirismo lo que caracteriza a la moderna poesía inglesa, de los lakistas acá, el elogio resultaba en realidad extraordinario.

Que los sonetos de Brooke son personales, por los sentimientos que traducen y por la forma de que los viste, no puede negarse, y basta leerlos para encontrarse poseído el lector por la emoción que despierta siempre lo hondamente sincero, cuando se expresa de modo que hable al corazón. Pero en la hora de espanto universal en que fueron producidos, lo que demuestra desde luego su excelencia es que fueron escuchados y repetidos por un pueblo entero, que sintió revelada su alma de ese instante supremo por la voz del poeta. El poeta sintió por todos, como todos y habló para todos. Vaticinó.

La fama ha consagrado de súbito el renombre de Rupert Brooke por los cinco sonetos que, con el título sombríamente luminoso de "1914," se publicaron el año pasado y alcanzaron de seguida múltiples ediciones. Estos sonetos, en un parnaso tan rico en esa forma poética como el inglés, se colocaron desde luego al lado del celeberrimo de Blanco White *Night and Death* y el igualmente bello de Lee-Hamilton *A Flight from, Glory*. El crítico de *The Times* dijo que en ellos la nota personal se patentizaba con mayor realce, que en ningún otro sonetista inglés desde los tiempos de Sidney, el renombrado autor de *Astrophel and Stella*. Y como es sobre todo el lirismo lo que caracteriza a la moderna poesía inglesa, de los lakistas acá, el elogio resultaba en realidad extraordinario.

Que los sonetos de Brooke son personales, por los sentimientos que traducen y por la forma de que los viste, no puede negarse, y basta leerlos para encontrarse poseído el lector por la emoción que despierta siempre lo hondamente sincero, cuando se expresa de modo que hable al corazón. Pero en la hora de espanto universal en que fueron producidos, lo que demuestra desde luego su excelencia es que fueron escuchados y repetidos por un pueblo entero, que sintió revelada su alma de ese instante supremo por la voz del poeta. El poeta sintió por todos, como todos y habló para todos. Vaticinó.

Now, God be thanked Who has matched us with His hour.

Así prorrumpió el poeta, y con él toda su nación se encontró dispuesta y aparejada para esa hora suprema. El poeta miraba tranquilo, serenamente la muerte, y consagraba para siempre a la patria distante la pequeña porción de tierra extraña, donde habían de blanquear sus huesos, la fosa en que serían arrojados; y cada soldado inglés en Bélgica, en Turquía, en Egipto, en la frontera de la India distante, en las remotas regiones alemanas de Africa, confirmaba el voto.

Mucho más personales aparecen las poesías anteriores del joven escritor; porque, en esa tierra consagrada irónicamente a la originalidad, sus versos se distinguen por un sabor peculiar, que los hace inconfundibles con ningunos otros.

El exotismo, que tanto se ha celebrado en su gran contemporáneo Rudyard Kipling y que ha traído tantos lectores al francés Pierre Loti, constituye la atmósfera natural que respira Brooke, y que lo hace contemplar, entre regocijado y zumbón, el desfile mental de las más pintorescas imaginaciones. Nada hay semejante, en lo que yo conozco, al cielo que promete a la tahitiana Manua, donde la infinita variedad de las cosas que asedian nuestros sentidos terrenales se reducen a la perfecta unidad.

...there, on the Ideal Reef,
Thunders the Everlasting Sea.

Naturalmente, esta doctrina nada tiene de original, y no es en ella donde veo la singularidad del poeta; sino en la serie de ilustraciones de la doctrina, propias todas y cada una para herir la mente, diversamente conformada y poblada, de la joven isleña del Gran Océano. Y no es menos sutilmente irónica, aunque no tiene nada de original sino por la forma, la conclusión en que invita a Manua a vagar en torno de la perezosa y cálida laguna, enlazada la mano con otra mano humana, o a confiarse a las blandas caricias del agua en la ribera. *Carpe diem...*

Y sin embargo, en este espíritu, que parece tan dispuesto a revolotar ligeramente sobre los afectos y hasta sobre los grandes problemas que se han llamado trascendentales, se descubre de súbito una profunda vena de melancolía, con la cual toca las fibras más sensibles de nuestra lira interna. El joven marino inglés, que data sencillamente tantos de sus versos *En el Pacífico*, se revela hermano menor, el Benjamín como si dijéramos, de aquel Jaques, que puebla con sus *saudades* la semi encantada y encantadora floresta de Arden. Nada es más capaz de descubrirnos la fragilidad etérea de nuestras más arraigadas pasiones, que el cambio incesante de panoramas y el anudar y romper reiterados de nuestras relaciones, que nos condenan al papel de huéspedes perennes. El mundo ha vuelto a ser para nosotros posada de trajinantes, pero sin mansión

Naturalmente, esta doctrina nada tiene de original, y no es en ella donde veo la singularidad del poeta; sino en la serie de ilustraciones de la doctrina, propias todas y cada una para herir la mente, diversamente conformada y poblada, de la joven isleña del Gran Océano. Y no es menos sutilmente irónica, aunque no tiene nada de original sino por la forma, la conclusión en que invita a Manua a vagar en torno de la perezosa y cálida laguna, enlazada la mano con otra mano humana, o a confiarse a las blandas caricias del agua en la ribera. *Carpe diem...*

Y sin embargo, en este espíritu, que parece tan dispuesto a revolar ligeramente sobre los afectos y hasta sobre los grandes problemas que se han llamado trascendentales, se descubre de súbito una profunda vena de melancolía, con la cual toca las fibras más sensibles de nuestra lira interna. El joven marino inglés, que data sencillamente tantos de sus versos *En el Pacífico*, se revela hermano menor, el Benjamín como si dijéramos, de aquel Jaques, que puebla con sus *saudades* la semi encantada y encantadora floresta de Arden. Nada es más capaz de descubrirnos la fragilidad etérea de nuestras más arraigadas pasiones, que el cambio incesante de panoramas y el anudar y romper reiterados de nuestras relaciones, que nos condenan al papel de huéspedes perennes. El mundo ha vuelto a ser para nosotros posada de trajinantes, pero sin mansión

definitiva a donde arribar mañana. Desde que el hombre midió la tierra y, con el auxilio de su invención y su industria, la ha encontrado tan pequeña que en pocos días la circunvala, con el cambio de lugar todo va cambiando en sus sentimientos. Las instituciones que sirvieron de descanso y abrigo al hombre sedentario no están ya aparejadas al judío errante moderno. Y sentimos como pensamos, y pensamos como sentimos.

El poeta, que ha sabido encontrar bella expresión y transparentes símbolos para estos nuevos estados del alma moderna, ha sido un gran poeta. Su muerte extemporánea denuncia, con clamor más penetrante, el horrible crimen de lesa humanidad que se perpetra en Europa.

ENRIQUE JOSE VARONA

(*Revista Contemporánea*. Cartagena, Colombia.)

Noche de verano

(DEL INGLÉS, DE LORD TENNYSON.)

Duerme el pétalo rojo, duerme el blanco.
No se mueve el ciprés en la avenida,
Ni en la taza de púrpura el pez de oro:
Vela el cocuyo: vela tú ante mí.

Se abate el pavo real como un fantasma,
E irradia su luz blanca junto a mí.

Yace la tierra, Dánae ante los astros,
Como tu corazón yace ante mí.

Huye en silencio el meteoro, y deja
Un surco, cual tu pensamiento en mí.

Repliega el lirio toda su ternura
Y en el seno sumérgese del lago.—
Plégate tú, mi amada, y te desliza
Como un lirio en mi ser, piérdete en mí.

(Trad. de Julio Arceval.)

Noche de verano

(DEL INGLÉS, DE LORD TENNYSON.)

Duerme el pétalo rojo, duerme el blanco.
No se mueve el ciprés en la avenida,
Ni en la taza de pórvido el pez de oro:
Vela el cocuyo: vela tú ante mí.

Se abate el pavo real como un fantasma,
E irradia su luz blanca junto a mí.

Yace la tierra, Dánae ante los astros,
Como tu corazón yace ante mí.

Huye en silencio el meteoro, y deja
Un surco, cual tu pensamiento en mí.

Repliega el lirio toda su ternura
Y en el seno sumérgese del lago.—
Plégate tú, mi amada, y te desliza
Como un lirio en mi ser, piérdete en mí.

(Trad. de Julio Arceval.)

Soneto a su mujer, difunta

(DEL INGLÉS, DE JUAN MILTON.)

Creí ver a mi santa compañera,
Traída a mí desde su sepultura,
Como a Admeto, la pálida figura
De Alceste, el brazo de Hércules trajera.
Mi esposa, cual mujer que parto hubiera,
Según la Antigua Ley, lavada y pura,
Y tal como en la Gloria mi alma augura
Para siempre gozar su vista entera,
Llegó de blanco, y pura cual su mente.
Aunque su faz velada, yo veía
Ternura, amor, bondad, ornar su frente
Como en rostro ninguno se podría.
Mas se inclinó a besarme tiernamente
Y desperté en mi noche, al nuevo día.

(Trad. de Julio Arceval.)

INDICE

- AGUAYO, A. M.: De una encuesta, p. 127
ALTENBERG, PETER: De diecisiete a treinta, p. 257
ARGUELLO, SANTIAGO: Ante el cadáver de Darío, p. 31
BAEZ, CECILIO: El descubrimiento de América, p. 78
BARBAGELATA, HUGO D.: Influencia de las ideas francesas
en la Revolución de Hispano América, p. 265
BUNGE, CARLOS OCTAVIO: Sugerir ideales, p. 68
CARBONE, ADELA: Los niños juegan a la guerra ... p. 195
CARLYLE, TOMAS: Bolívar, p. 130
CASTELLANOS, JESUS: Cultivemos nuestro jardín, p. 169
CASTRO, ALFONSO: Conviene hermostear la escuela, p. 11
CHAVERRA, GASPAS: El rey mudo, p. 63
CHEKHOFF, ANTON: La dormilona, p. 19
DE HOYOS Y VINENT, ANTONIO: El pájaro maravilloso,
p. 83
DE LA ROSA, LEOPOLDO: Salmo de creencia, p. 53. El Se-
ñor Jesucristo, p. 253
DE REISSET, VIZCONDE: Los amores de la Princesa de
Clermont, p. 204
DE TEJADA, GONZALO M.: Loores a San Isidro Labrador, p.
182
DIEZ CANEDO, ENRIQUE: La poesía castellana y Rubén Da-
río, p. 336
DOMINICI, PEDRO CESAR: Talento y carácter, p. 1
FERNANDEZ FERRAZ, VALERIANO: Una carta, p. 57
GONZALEZ DIAZ, FRANCISCO: Lo sustancial, lo cualitati-
vo, p. 164
GONZALEZ PEÑA, CARLOS: Flor de madroño, p. 365
GRAY, TOMAS: Elegía, p. 157
GUZMAN, ERNESTO A.: La primera lluvia, p. 39. Tu cabelle-
ra, p. 41

INDICE

- AGUAYO, A. M.: De una encuesta, p. 127
ALTENBERG, PETER: De diecisiete a treinta, p. 257
ARGUELLO, SANTIAGO: Ante el cadáver de Darío, p. 31
BAEZ, CECILIO: El descubrimiento de América, p. 78
BARBAGELATA, HUGO D.: Influencia de las ideas francesas
en la Revolución de Hispano América, p. 265
BUNGE, CARLOS OCTAVIO: Sugerir ideales, p. 68
CARBONE, ADELA: Los niños juegan a la guerra ... p. 195
CARLYLE, TOMAS: Bolívar, p. 130
CASTELLANOS, JESUS: Cultivemos nuestro jardín, p. 169
CASTRO, ALFONSO: Conviene hermostrar la escuela, p. 11
CHAVERRA, GASPAR: El rey mudo, p. 63
CHEKHOFF, ANTON: La dormilona, p. 19
DE HOYOS Y VINENT, ANTONIO: El pájaro maravilloso,
p. 83
DE LA ROSA, LEOPOLDO: Salmo de creencia, p. 53. El Se-
ñor Jesucristo, p. 253
DE REISSET, VIZCONDE: Los amores de la Princesa de
Clermont, p. 204
DE TEJADA, GONZALO M.: Loores a San Isidro Labrador, p.
182
DIEZ CANEDO, ENRIQUE: La poesía castellana y Rubén Da-
río, p. 336
DOMINICI, PEDRO CESAR: Talento y carácter, p. 1
FERNANDEZ FERRAZ, VALERIANO: Una carta, p. 57
GONZALEZ DIAZ, FRANCISCO: Lo sustancial, lo cualitati-
vo, p. 164
GONZALEZ PEÑA, CARLOS: Flor de madroño, p. 365
GRAY, TOMAS: Elegía, p. 157
GUZMAN, ERNESTO A.: La primera lluvia, p. 39. Tu cabelle-
ra, p. 41

HENRIQUEZ UREÑA, PEDRO: El niño, p. 92. Los valores literarios, p. 310
 HISPANO, CORNELIO: Los varones ilustres de Pablo Jovio, p. 134
 IREGUI, ANTONIO JOSE: El árbol y el hombre, p. 330
 KANTOR, M.: Sobre algunos dramas de Ibsen, p. 112
 LINARES, OSCAR: La perfecta alegría, p. 275
 LUGONES, LEOPOLDO: Del libro de los paisajes, p. 227. Un buen queso, p. 303
 MACHADO, ANTONIO: Apuntes, Parábolas, Proverbios y Cantares, p. 343
 MAEZTU, RAMIRO DE: El sueño de la Monarquía Universal, p. 73. El honor en la Edad Media, p. 329
 MILTON, JUAN, Soneto a su mujer, difunta, p. 382
 MONTANER, JOAQUIN: El viajero, p. 260
 MUÑOZ, MANUEL MARIA: Del cercado bíblico, p. 300
 NERVO, AMADO: La razón suprema, p. 44. El arquero divino, p. 98. Si una espina me hiere, p. 129
 NIETO, RICARDO: La piedad de la pluma, p. 65
 NIN FRIAS, ALBERTO: El culto de la madre, p. 286
 PEREZ DE AYALA: RAMON La self reliance, p. 309
 RECLUS, ELISEO: La enseñanza de la geografía, p. 350
 REYES, ALFONSO: Sir Edwar Grey y la tragedia del símbolo, p. 210
 RODO, JOSE ERNIQUE: El concepto de la patria, p. 193
 RUSKIN, JHON: El plagio, p. 198
 TENNYSON, Lord ALFREDO: Noche de verano, p. 381
 TORRI, JULIO: La conquista de la luna, p. 55.
 TOVAR, ROMULO: ¡Dulce Francia!, p. 141
 UHRBACH, FEDERICO: Simiente de agonías, p. 281
 UNAMUNO, MIGUEL DE: Sobre la necesidad de pensar, p. 5. Guerra y milicia, p. 242
 VALLENILLA LANZ, BALTAZAR: En el subsuelo, p. 132
 VARONA, E. JOSE: Nuevos reductos, p. 146. Como Byron, p. 375
 VASCONCELOS, JOSE: Libros que leo sentado [y libros que leo de pie, p. 93
 VELASQUEZ, SAMUEL: El punto final, p. 134
 WHITE, E. M: Bergson y la educación, p. 215
 ZALDUMBIDE, GONZALO: La Francia y la guerra, p. 102

tambres a que no está acostumbrado el lector moderno.

Casi todas las comedias, y especialmente *Lysistrata*, por el tema que le sirve de argumento, resultan de un desenfado inaudito para nuestra época. Pero hay que tener en cuenta las costumbres de los tiempos en que escribió Aristófanes, la moral de entonces, el naturalismo de los antiguos, que no gustaba de eufemismos.

La presente edición, que consta de tres tomos: es la primera en que se dan por entero las obras de Aristófanes.

El primer tomo contiene: *LYSISTRATA, LOS ACARNIENSES, LAS NUBES*; el segundo: *LOS CABALLEROS, LA PAZ, LAS AVISPAS, PLUTO*; el tercero: *LAS TESMÓFORAS, LAS AVES, LA ASAMBLEA DE LAS MUJERES, LAS RANAS*.

Esta obra, elegantemente impresa con cubiertas e ilustraciones de arte griego, se vende al precio de una peseta el volumen en todas las buenas librerías.

BIBLIOTECA ANDRÉS BELLO

Las mejores obras de los mejores autores de América.—Volumenes en 8º, de 300 a 400 páginas, editadas a todo lujo.—Precio de cada volumen, 3.50 pesetas.

Se han publicado: I. M. Gutiérrez Nájera, *Sus mejores poesías*.—II. M. Díaz Rodríguez, *Sangre patricia* (novela).—III. José Martí, *Los Estados Unidos*.—IV. J. E. Roció, *Cinco Ensayos*.—V. F. García Godoy, *La Literatura Americana de nuestros días*.—Nicolás Heredia, *La sensibilidad en la poesía castellana*.—VII. M. González Prada, *Páginas libres*.—VIII. Tulio M. Cestero, *Hombres y piedras*.—IX. Andrés Bello, *Historia de las Literaturas de Grecia y Roma*.—X. D. F. Sarmiento, *Facundo (Civilización y barbarie en la República argentina)*.—XI. R. Blanco Fombona, *El Hombre de Oro (novela)*.

En preparación: I. Roberto F. Giusti, *Góngora*, II. Pedro Emilio Coll, *El Castillo de Elsinor*.

Próximamente obras de Ingenieros, Luis Orrego Lange, Manuel J. Calle, Sarmiento, Hostos, Montalvo, etc. etc

tumbres a que no está acostumbrado el lector moderno.

Casi todas las comedias, y especialmente *Lysistrata*, por el tema que le sirve de argumento, resultan de un desenfado inaudito para nuestra época. Pero hay que tener en cuenta las costumbres de los tiempos en que escribió Aristófanes, la moral de entonces, el naturalismo de los antiguos, que no gustaba de eufemismos.

La presente edición, que consta de tres tomos: es la primera en que se dan por entero las obras de Aristófanes.

El primer tomo contiene: *LYSISTRATA*, *LOS ACARNIENSES*, *LAS NUBES*; el segundo: *LOS CABALLEROS*, *LA PAZ*, *LAS AVISPAS*, *PLUTO*; el tercero: *LAS TESMÓFORAS*, *LAS AVES*, *LA ASAMBLEA DE LAS MUJERES*, *LAS RANAS*.

Esta obra, elegantemente impresa con cubiertas e ilustraciones de arte griego, se vende al precio de *una peseta* el volumen en todas las buenas librerías.

BIBLIOTECA ANDRÉS BELLO

Las mejores obras de los mejores autores de América.—Volumenes en 8º, de 300 a 400 páginas, editadas a todo lujo.—Precio de cada volumen, 3.50 pesetas.

Se han publicado: I. M. Gutiérrez Nájera, *Sus mejores poesías*.—II. M. Díaz Rodríguez, *Sangre patricia* (novela).—III. José Martí, *Los Estados Unidos*.—IV. J. E. Roló, *Cinco Ensayos*.—V. F. García Godoy, *La Literatura Americana de nuestros días*.—Nicolás Heredia, *La sensibilidad en la poesía castellana*.—VII. M. González Prada, *Páginas libres*.—VIII. Tulio M. Cestero, *Hombres y piedras*.—IX. Andrés Bello, *Historia de las Literaturas de Grecia y Roma*.—X. D. F. Sarmiento, *Facundo* (*Civilización y barbarie en la República argentina*).—XI. R. Blanco Fombona: *El Hombre de Oro* (novela).

En preparación: I Roberto F. Giusti: *Góngora*, II Pedro Emilio Coll: *El Castillo de Elsinor*.

Próximamente obras de Ingenieros, Luis Orrego Lago, Manuel J. Calle, Sarmiento, Hostos, Montalvo, etc. etc

Imprenta Greñas

Calle 4.^a S., entre Avenidas 4 y 6

Libros — Periódicos — Folletos

Hojas sueltas

Recibos talonarios — Cheques

Tarjetas de visita

Facturas — Etiquetas — Invitaciones

Programas — Diplomas

A 125 varas del Parque Central

Esta imprenta se encuentra instalada ya en su nuevo y espacioso local, situado en la Calle 4.^a Sur, entre las Avenidas 4.^a y 6.^a Oeste, á 125 varas del Parque Central, construido especialmente para tipografía y que presta grandes comodidades para el trabajo.

*** EDICIONES NITIDAS Y CORRECTAS ***

Colección Ariel

AÑO XI — VOL. III

SUMARIO

LEON SALISBURY.....	Las naciones moribundas
LEON ARAGUISTAIN.....	Europa y América
ROBERTO DE MAEZTU.....	La verdadera originalidad
BERNARDO RENAN.....	Plegaria
JOSÉ RODRIGUEZ CERNA.....	El milagro de los claveles
EMILIANO ACHELPOHL.....	El mejor disfraz
EMILIANO DONOSO.....	Los grandes líricos alemanes contemporáneos
A. MARGARIÑOS C.....	Hombro contra hombro

cuaderno 87

San José, Costa Rica, octubre 1.^o de 1916

Imprenta Greñas